COMPLEJIDAD DE LA VERDAD

Carlos Eduardo Maldonado

COMPLEJIDAD DE LA VERDAD

Carlos Eduardo Maldonado

Asociación Rujotay Na'oj

Junta Cargadora
Período 2020 – 2021

Walter Saquec López
Cargador

Roberto Tecu Cuxum
Cargador

Susanne Kummer
Cargadora

Oscar Azmitia Barranco
Cargador

Complejidad de la verdad

© Carlos Eduardo Maldonado Castañeda

Primera edición, agosto de 2020
ISBN: XXXXXXXXXX (impreso)

Editor: Oscar Azmitia Barranco
Diseño y diagramación: Saulo Morales V.
Corrección de estilo: Oscar Azmitia y Walter Saquec
Fotografía Portada: Johannes Plenio de Pexels

Asociación Rujotay Na'oj
arujotaynaoj@gmail.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Asociación Rujotay Na'oj

COMPLEJIDAD DE LA VERDAD

"La verdad raramente es pura y nunca es simple"
Oscar Wilde

Carlos Eduardo Maldonado

Ph.D. en Filosofía por la KULeuven (Bélgica), Post-doctorado como *Visiting Scholar* en la Universidad de Pittsburgh (EE.UU); Postdoctorado como *Visiting Research Professor* en la Catholic University of America (Washington, D.C.), *Academic Visitor*, Facultad de Filosofía, Universidad de Cambridge (Inglaterra). Profesor Titular Facultad de Medicina, Universidad El Bosque. Ha sido reconocido con la "Distinción al Mérito", por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú, por sus contribuciones a la filosofía y a la complejidad (2008). Premio Portafolio, Mención de Honor Categoría Mejor Docente (2008). "Profesor Distinguido", título conferido por la Universidad del Rosario (2009). Título honorífico: "Profesor Visitante Distinguido", Universidad Autónoma Nacional de Nicaragua (2017). Investigador Senior (Colciencias). SENIOR MEMBER – IEEE. "Visitante Distinguido", título conferido por el Consejo Municipal de la ciudad de Chelatenango (Guatemala) (2018). Premio Internacional Agencia Prensaamérica "Zenobio Zaldivia", categoría Filosofía y Complejidad" (Guayaquil) (2018). Doctor *Honoris causa*, Universidad de Timisoara (Rumania), 2015. "Reconocimiento internacional por excelsa trayectoria como investigador", otorgado por la UTPL (Ecuador), en el marco del Congreso Mundial "Metamorfosis de las ciencias sociales y humanidades" (Loja, Ecuador, 2018). El CEDES de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) en el marco del Doctorado en Sostenibilidad crea la Cátedra "Carlos Eduardo Maldonado" en Complejidad y Sostenibilidad (2019). Actual índice h: 31.

TABLA DE CONTENIDOS

- Observación Preliminar 9
- Prólogo 11
- Introducción 13
- Búsqueda de verdad 15
- La rareza del filósofo, y la filosofía 19
- Verdad y movimiento asintótico 23
- Verdad y belleza 29
- Verdad, mentira y salud 35
- Verdad y debate 43
- El ocio como problema 49
- Verdad como proceso 53
- Verdad y fuerza de la vida 59
- Verdad y lenguaje 65
- El límite de la filosofía 67
- Postfacio: verdad y el mito del yo 69

OBSERVACIÓN PRELIMINAR

En este texto, “verdad” no aparece sustantivada. En la mayoría de idiomas indoeuropeos, “verdad” es femenina, lo cual ya es un buen síntoma, y apunta en la dirección correcta. Pero, asimismo, en la totalidad de los idiomas indoeuropeos, verdad aparece sustantivada; esto es, normal, espontáneamente, se habla de “la verdad”, y se dice “la verdad”. Como si, implícitamente, fuera única.

M. Détienne, en un texto único, muestra, suficientemente, que en la Grecia arcaica, “verdad” no se decía sustantivada; es decir, como “la” verdad. Por el contrario, verdad se decía sin el artículo definido. Es a partir de la Grecia clásica, y hasta nuestros días, que verdad aparecerá en la vida cotidiana, tanto como en ciencia y en filosofía, como un tema sustantivado: “la verdad”. Los maestros de verdad son, en la Grecia arcaica, tres: el aedo, el adivino, y el rey de la justicia. Pero, en cualquier caso, verdad no se dice de manera única y exclusiva. El libro de Détienne es: *Les maîtres de vérité dans la Grèce archaïque* (Paris, Le Livre de Poche, varias ediciones; edición original de 1967).

La historia posterior a la Grecia clásica, que es justamente el momento en el que nace la civilización occidental, es la historia misma de la sustantivización de verdad. Algo que a las tres religiones monoteístas constitutivas de Occidente les conviene y les viene como anillo al dedo. Ellas son tanto la consecuencia, como la causa, de la sustantivización de verdad: se instaura la creencia acrítica por tácita de que existe “la verdad” y se habla entonces de “la verdad”; esto es, una verdad única, muchas veces simplemente postulada, enemiga de la posibilidad de otras verdades. Verdad, por tanto, tautológica, autorreferencial.

Con el tránsito de la Grecia arcaica a la Grecia clásica muchas cosas sucedieron. Como en las guerras, la primera víctima es (“la”) verdad. Mucho antes que los inocentes, las víctimas casuales, la presencia de “fuego amigo” y demás.

PRÓLOGO

Queda dicho, no sustantivizaré “la” verdad; usaré solamente verdad. Una inmensa carga de significados se esconde detrás de una decisión o la otra. Si Joyce, por ejemplo, decide contarnos la vida de Leopoldo Bloom en veinticuatro horas; si, en otro plano, Saramago nos enseña la in-convencionalidad de la puntuación –algo que ya había hecho la poesía antes-, podemos entonces, a la manera de otros autores, decidir no emplear la mayúscula en palabras y conceptos que de manera atávica se escriben con mayúscula (tal es el caso del “Estado”, para distinguirlo del concepto acaso más físico de estado (de la materia)), o algunas comunidades, en el uso de mayúsculas para algunas ciencias o disciplinas, o acaso incluso, el empleo de las mayúsculas para hablar y escribir, particularmente en el contexto del monoteísmo, de “Dios”. Pues, bien, asimismo, no sustantivizaremos verdad.

La conclusión más inmediata puede ser leída de varias formas, así: no existe una única verdad – lo cual está perfectamente acorde con las lógicas no-clásicas; o bien, verdad se aparece y se expresa de formas diversas y no termina de manifestarse de una única forma, y no de una forma más que de otra, lo cual, por ejemplo, abre las puertas, de par en par, a la estética y el ideal de la belleza.

La sintaxis, la semántica, los significados y los sentidos, notablemente, no tienen por qué ser unívocos, ni unidireccionales. Algo grave sucede cuando lo son, y no es necesario ni deseable que lo sean.

En *El Banquete*, Platón sostiene, palabras más, palabras menos, que cualquier persona, en el momento en que ha sido tocado por el amor, se siente natural, espontáneamente poeta, ignorando que pudo haberlo sido antes. Pues bien, quienquiera que busque decidida, denodadamente, e incluso de forma destinal verdad puede ser llamado en propiedad un filósofo, incluso si no conoce con propiedad la historia de la filosofía.

Porque no, pero, lo cierto es que son muy pocos, por cualquier razón que se prefiera, los que se dan a la búsqueda de verdad, y peor aún, a la misión de vivir en verdad. Acaso una de las formas de vida más difíciles – por lo menos en el mundo de hoy.

INTRODUCCIÓN

Desde el punto de vista académico, el tema de "verdad" forma parte en general de la filosofía; y acaso, más puntualmente de la lógica. Sin embargo, es evidente que el conjunto de ciencias y disciplinas, pero también de prácticas y saberes no son indiferentes a "verdad". De hecho, más profundamente, el tema anida en el seno mismo de la existencia, del mundo – como problema.

De acuerdo con una idónea aunque ya clásica panorámica sobre el tema, existe una variedad de teorías de la verdad en el siglo XX[1]. Existen teorías pragmáticas de la verdad, que incluye a autores tan disímiles entre sí como William James, Ignacio Ellacuría y Susan Haack. Motivaciones diferentes, enfoques diferentes, pero un mismo interés: un sentido pragmático del problema. Verdad es algo que importa, y con la que se puede y se debe hacer algo.

Están, asimismo, las teorías de la correspondencia, que es sin duda, la predominante, por lo menos en lógica y en lo más popular y común de la academia y la ciencia en general incluida la filosofía. Así, "verdad» es un fenómeno que se refiere al mundo llamado "real" y que se corresponde con realidades empíricas, "allá afuera" de las que se ocupan las gentes y las disciplinas. En este marco, cabe distinguir las teorías semánticas, cuyos representantes más eximios son Alfred Tarski, Samuel Kripke, y Donald Davidson; y a su vez, están las teorías no semánticas, cuyos exponentes son Rudolf Carnap, John L. Austin, y Adam Schaff. Para decirlo de manera resumida, hacemos cosas con palabras, lo cual apunta a la función performativa del lenguaje.

De otro lado, están las teorías pro-oracionales de la verdad, representadas por Frank P. Ramsey, Peter F. Strawson, y C. J. W. Williams. Desde este punto de vista, dicho grosso modo, la verdad es un tema que se expone y se debate en contextos de oraciones – enunciados y lenguaje en general. Por fuera del lenguaje difícilmente cabe la verdad.

En una derivación propia, las teorías fenomenológicas de la verdad encuentran filósofos tan importantes como Edmund Husserl, José Ortega y Gasset, Paul Ricoeur y Xavier Zubiri. Así, verdad es un tema de vivencias, o bien encuentra en las vivencias el asidero más firme.

Si las teorías pro-oracionales tiene un énfasis particularmente lógico, las teorías fenomenológicas son eminentemente filosóficas. Algo que no es un asunto menor.

Como un desarrollo autónomo a partir de las comprensiones fenomenológicas, existen, asimismo, las teorías hermenéuticas de la verdad, cuyos ápices son, desde luego, Martin Heidegger, Karl Jaspers, Hans G. Gadamer, Michel Foucault, y Josef Simon. Verdad, en

1 Cfr. J. A. Nicolás, M. J. Frápoli, Teorías de la verdad en el siglo XX, Madrid, Tecnos, 1997.

este marco, es un asunto que se debate, que asume diversas interpretaciones, que implica incluso asunciones de poder.

Por su parte, cabe identificar, asimismo, las teorías coherentistas de la verdad, cuyos puntales son Nicholas Rescher, Carl Hempel, Lorenz B. Puntel. Como se aprecia, se trata de filósofos –específicamente de la ciencia- con un fuerte énfasis en la filosofía analítica. Verdad es un asunto que no admite divisiones, separaciones o parcelaciones, sino, por el contrario, una visión de conjunto. En este consiste su problema y su importancia.

Finalmente, está n las teorías intersubjetivas de la verdad, que se expresan en autores como Kuno Lorenz, Jügen Habermas y Karl O. Apel. Desde este punto de vista, verdad es un asunto dialógico, el punto de partida o de llegada de procesos intersubjetivos, de acuerdo y de desacuerdo. Ulteriormnete, lo que emerge es la importancia del consenso, y sus expresiones próximas (tales como mayorías, y demás).

Como se aprecia sin dificultad, el siglo XX, un giro importante en la historia del pensamiento, hace de “verdad” un problema (más que un objeto) que aparece, cuando se lo observa en el cuadro amplio (*big picture*) como algo complejo. Parceladamente, cada escuela o corte, digamos, podría tener lo suyo. La dificultad aparece cuando se oberva el panorama completo. Por decir lo menos, “verdad” aparece como un problema serio, que no se sabe muy bien cómo tomarlo o por dónde cogerlo.

Es apasionante cuando se contaste este panorama filosófico y lógico con la historia del siglo XX vista desde abajo: primera guerra mundial, segunda guerra mundial, guerra fría, pragmatismo, Concilio Vaticano II, teología de la liberación, movimiento de mayo del 68, caída del colonialismo y el neocolonialismo, triunfo y caída del socialismo, guerras regionales, invasiones variopintas, y tantas otras expresiones y fenómenos.

Este panorama, visto desde arriba o desde abajo, no deja ser semejante en el curso del siglo XX. Precisamente por ello, he creído, aparece la necesidad de este libro.

Dicho de manera puntual, la complejidad de la verdad no es otra cosa que la complejidad de la vida misma. De esta forma iniciamos esta reflexión.

BÚSQUEDA DE VERDAD

La búsqueda de verdad se contrapone a una vida en la apariencia, el facilismo, el efectismo, la banalidad y la vulgaridad. Quienes no buscan verdad viven en conversaciones pequeñas (*small talk*), se les va la vida hablando del clima, y sus temas son las vidas de los demás. Las noticias del día a día, los programas superficiales *(talk shows*), la total intrascendencia. El mundo de estas cosas pequeñas no busca verdad porque no sabe de verdad; acaso, por ejemplo, sólo sabe de entretenimiento. Que es una auténtica industria de producción y agenciamiento de apariencias.

Buscar verdad puede entenderse como el esfuerzo por encontrarse a sí mismo; J.P. Sartre hablaría de: inventarse a sí mismo, pero ese buen argumento es desmontado por Sartre mismo. Al fin y al cabo, la gente se inventa incluso en la mala fe.

Encontrarse a sí mismo es encontrarse como un proceso – un largo proceso, y no únicamente como una sucesión de momentos, algunos más afortunados que otros, por ejemplo. Nadie se encuentra a sí mismo sino como una experiencia de sorpresa, pues nos descubrimos de otra forma que como pensábamos. La sorpresa es el título del encuentro de cada quien consigo mismo, no la seguridad de lo-buscado-y-lo-encontrado. Como dice con acierto Heráclito, sólo quien espera lo inesperado hallará. Así es el encuentro de la búsqueda de lo incierto y lo indeterminado mismos, por definición.

Sócrates hablaba, siguiendo al Oráculo de Delfos, de la necesidad de que cada quien llegue a conocerse a sí mismo. En otras palabras, el conocimiento de sí mismo es el resultado de una larga búsqueda, de una larga meditación y no el punto de partida mediado por discursos fáciles y prácticas industrializadas para todos y cada uno. Ahora bien, lo cierto es que llegamos a conocernos a nosotros mismos a través de una variedad de caminos; no existe una via regia en el dictamen del Oráculo de Delfos.

Así, por ejemplo, en determinadas relaciones, fuertes, profundas, con otros, como la amistad, el amor, el convivio pleno. Asimismo, a través de situaciones límites, eventos inesperados, en los que actuamos de formas hasta entonces perfectamente desconocidas. El retiro, el silencio y el aislamiento que anteceden y acompañan a la meditación es otra forma como cada quien puede descubrirse como siendo quién verdaderamente. Determinadas actividades son formas también como podemos llegar a conocernos, por ejemplo en el ejercicio de la música, en la práctica del arte, en la lectura profunda activa y reflexiva, o en el deporte mismo, por ejemplo. Sin embargo, lo cierto es que no hay una canónica para encontrarse a sí mismo, y cada quien puede llevar a cabo su propio camino, a condición de que sea consciente y la lucidez acompañe cada paso, cada momento.

En el mundo actual, y desde hace ya un buen tiempo, los seres humanos viven como retazos, en tiempos de retazos y sobreplegamientos, de incompletudes e inacabamiento. “Viven la vida de otros, mueren la muerte de otros”, si cabe. Las épocas forman a los seres humanos, pero existen siempre individualidades que no se dejan (de)formar. Responden a su época pero logran superarla. Estos son quienes buscan verdad.

Frente al *small talk*, el filósofo responde con pocas palabras, y en muchas ocasiones con el silencio, si no, incluso, la evasiva. Sólo que en la era del ruido, el silencio termina por ser algo cada vez más desconocido. Y entonces las gentes no entienden el silencio elocuente, o la palabra que sin decir, simplemente anuncia; sugiere, o invita. Pero siempre queda el buen humor –blanco o negro, acaso-, la ironía y el sarcasmo, esos que dejara ya sembrados Sócrates, ese crítico acérrimo de los lugares comunes, el sentido común, las instituciones y la democracia. La risa ha sido siempre la más contundente de las armas contra el espíritu adusto del poder y la autoridad. Quien de veras busca verdad sabe reír con naturalidad en el momento debido.

Buscar verdad no es un asunto de momentos y ni siquiera una búsqueda metódica y sistemática. No existe un mapa de verdad, y tampoco hay un lugar o un espacio preciso donde haya que buscar verdad. Literalmente, la búsqueda de verdad va creando su propio mapa, va inventando geografías, va prefigurando regiones. La gente normal acaso se encuentra y experiencia verdad, pero no la busca. Si llega, tanto mejor; si no, las cosas son como son, por ejemplo, y no hay que buscar cosas allí donde no se han perdido (pues la gente normal no tiene o ha tenido verdad).

No podemos vivir en la mentira o en la apariencia. Una vida en la mentira termina por enfermarnos, y vivir en la mentira y la apariencia es la peor de las vidas posibles. Exactamente en este sentido, la búsqueda de verdad es tanto como la afirmación de una vida auténtica y alejada de las apariencias. Una vida en la apariencia es peor incluso que la cárcel y el encierro, que el destierro y la soledad. La mentira termina siendo, ulteriormente, el engaño hacia sí mismo, por parte de cada quien, la mentira a los otros como hacia sí mismo, en fin la ausencia de ese encuentro espontáneo, sincero, transparente con los otros, como en la inocencia y la transparencia plenas.

En este sentido, en la Grecia antigua cabía distinguir tres cosas: *to pseudós* (*ta pseudá*), la apariencia; lo *apseudós*, que puede asimilarse al alejamiento de la apariencia, sin que aún nos encontremos en la geografía de verdad. Y la *alétheia* que es verdad propiamente dicha, pero que se compone, etimológicamente, de distanciamiento del olvido. En otras palabras, el olvido puede asimilarse a lo *apseudós*, sin que aún implique, necesariamente, a verdad. Verdad es aquella forma de vida que trae a la memoria la presencia, que no olvida, pero que, no obstante, es capaz de aprender de nuevas experiencias.

En verdad, se necesita al mismo tiempo de mucha inteligencia, y decisión y coraje para mantenerse alejados de la mentira y la apariencia, y persistir en la búsqueda y el encuentro con verdad. Se requiere coraje para no estar con los otros como un borrego, decisión de alejarse del facilismo de los acuerdos tácitos e implícitos, nocivos o perversos,

en fin, para llamar a las cosas por su propio nombre, por ejemplo. Pero lo cierto es que también es necesaria algo de suerte o buena fortuna para mantenerse alejados de la apariencia, la mentira, el engaño y la banalidad.

Mil y una veces se ha dicho que la primera víctima de la mentira y la apariencia es el lenguaje. Terminamos resolviendo los problemas mismos en términos de palabras, o bien, terminamos cubriendo unas palabras con otras, olvidando ulteriormente a la vida misma. Husserl ha sido recordado en la historia de la filosofía por su llamado "a las cosas mismas" (*Zurück zu den Sachen selbst*) – que en rigor hay que leer como un volver a las cosas mismas, volver a ellas, puesto que hemos salido de ellas – regresar al lugar debido. Mentirse a sí mismo es fácil, y no deja huellas visibles, a primera vista y en primera instancia. Pero al cabo del tiempo, en el rostro y en el cuerpo se dejan ver las enfermedades del alma. Sin ambages, la madre de todas las enfermedades es la mentira, la apariencia, la banalidad y la vulgaridad.

La búsqueda de verdad se trasluce en el cuerpo y en el rostro. Para un ojo avezado y un corazón sensible, es fácil reconocer a quien busca verdad, pues su rostro y su cuerpo traslucen la búsqueda misma, el errar y el vagabundear, la llama de la búsqueda. Pero, inversamente, es asimismo fácil para una mirada sensible e inteligente reconocer quién vive y ha vivido en la mentira y la apariencia, en el engaño y el ocultamiento de verdad. Mentira y apariencia se dejan ver, igualmente, en el rostro y en el cuerpo. Sólo que hay que aprender a refinar la mirada y el corazón para identificar a quienes así han llevado su vida.

Ahora bien, quien busca verdad no busca como quien busca una mina de oro, un objeto perdido o refundido, o algo interesante en un paisaje novedoso. La búsqueda de verdad no admite delaciones ni se oculta con argumentos y pretextos. Es, si cabe decirlo, un asunto agónico. Buscamos verdad porque no hay ninguna otra opción, o bien, lo que es equivalente, como el bien más preciado de todos; justamente, como la vida misma.

La búsqueda de verdad es tanto como (el esfuerzo por) llevar una vida en verdad.

Quien busca verdad es porque la necesita, como al aire mismo, como al suelo que lo sostiene, como al calor que lo abriga o lo puede abrigar. Es, por tanto, todo lo contrario, a quien busca algo bonito o útil en un centro comercial o algo semejante. En la búsqueda de verdad nos va la vida misma. Y sin embargo, buscamos como no sabiendo muy bien qué vamos a encontrar o cómo es exactamente; con el presentimiento profundo, sin embargo, de que tan pronto encontremos verdad la reconoceremos como siendo tal, incluso aunque jamás la hayamos conocido antes.

LA RAREZA DEL FILÓSOFO, Y LA FILOSOFÍA

Son raros los filósofos, hoy en día. Este es el resultado de sus propias realizaciones en el pasado, y del cambio mismo de los tiempos, para los cuales muchos de los filósofos no estaban preparados. El papel que alguna vez cumplió el filósofo lo han venido a llenar... muchos otros. Como consecuencia, ya nadie busca verdad.

Hoy en día, los académicos, científicos e investigadores no necesariamente buscan verdad, y la mayoría tan sólo hacen las tareas que se esperan de ellos y los cumplimientos que la época misma les exige. Y entonces tratan de sobrevivir, sólo que simplemente en términos de académicos, de científicos o de investigadores; que es muy diferente a cualquier otro oficio o profesión. Hoy por hoy, son demasiado pocos los investigadores que conocemos y que vemos alrededor, en el mundo de internet, la sociedad de redes y la sociedad del conocimiento, que hagan de verdad un problema vital. Hay mucha gente valiosa que trata de hacer lo mejor que puede, por ejemplo, enseñan muy bien lo que saben, discuten en ocasiones con agudeza tesis propias y ajenas. Pero no por ello, necesariamente, discuten verdad, buscan verdad y, peor aún, viven verdad.

Verdad es un problema en el que, a quien la busca, le va la vida misma. Y no es algo que el filósofo haya decidido buscar; sencillamente le acaeció buscarla, y entonces intentar vivirla.

Parte de la rareza de los filósofos radica en el hecho de que son muchos los académicos que hacen las tareas, y que viven climas laborales llenos de temor e inseguridad. Se trata de auténticas atmósferas llenas de miedo, en las que nadie se atreve a discutir nada, a cuestionar, a actuar en otros espacios o en los inmediatos, y que terminan encerrándose, en sus pequeños mundos, esperando a que mejores momentos lleguen, y mientras tanto, hacen cualquier cosa menos buscar verdad, vivir verdad. Este es uno de los grandes secretos a voces: los medios académicos en general, están inundados de climas y atmósferas de control, de manipulación, de ausencia de verdadera libertad. Por esta misma razón, nadie piensa verdaderamente; terminan actuando tan sólo en términos funcionales. Son esclavos que no saben que lo son. Muchos se pliegan a salarios convenientes, pero que cuestan el alma misma; a la manera del Fausto, el de Goethe o el Th. Mann. Es gente que termina vendiéndole su alma al diablo. Esto es, literalmente, viven divididos del mundo real, y cada quien incluso divididos de sí mismos. Un estado efectivamente patológico, enfermizo.

Cada vez, según parece, hay auténtico amor al conocimiento; acaso incuso porque el amor mismo ha terminado siendo desplazado a lugares muy secundarios. Hay quienes

dicen que muchas personas tienen miedo, hoy por hoy, a enamorarse. Si ello es así, es porque parecieran ser muchos los que han venido aprendiendo la desesperanza, han terminado por convertirse en máquinas, haciéndole así el mejor favor al status quo – en el sentido al mismo tiempo más amplio y fuerte de la palabra.

El mundo laboral termina convirtiendo a la mayoría de los seres humanos en idiotas útiles, apara emplear la expresión de Napoleón. Son incluso felices, y terminan, así, siendo perfectamente normalizados. Pues bien, lo peor que se le puede hacer a un ser humano no es callarlo, torturarlo o eliminarlo. Por el contrario, lo peor que le puede suceder a un ser humano es ser normalizado. Y son numerosos los mecanismos de normalización. Pero todos terminan confluyendo a lo mismo, a saber: haciendo de los seres humanos idiotas útiles, personas cuya vida se mide enteramente en términos de desviaciones estándares, promedios, estándares, vectores o matrices, en fin, autómatas funcionales.

Tal y como lo señala Heráclito: “viven la vida de los muertos, mueren la vida de los vivos”.

Los seres auténtica, verdadera, esencialmente libres son muy pocos. Es sobre ellos sobre quienes recaen nuestras mejores esperanzas. No sobre quienes se han terminado convirtiendo en muertos caminantes (*zombies = dead walking*. Esta idea puede ser ampliada sin dificultad: los *dead working*, etc.). Gente de total o casi total heteronomía.

Quien ama sinceramente al conocimiento puede decirse que vive ya, o bien está cerca a vivir en independencia y libertad, gente con criterio propio. La cosa, si cabe, es que debe ser posible distinguir claramente a quienes tan sólo están en un enamoramiento del conocimiento (*enfatuation*), y quienes están sincera, enteramente enamorados del conocimiento. Que es como decir, quienes están plenamente enamorados de la vida.

El filósofo puede decirse que es todo aquel (o aquella) que porque ama sinceramente el conocimiento y busca verdad –y mucho mejor: o idealmente, la vive-, puede decirse que es libre, sin ataduras. Como sostiene con acierto J. Patocka, en determinados momentos sabe a qué temer y a qué no, pero no por ello agacha la cabeza o guarda silencio.

El filósofo debe saber hablar múltiples lenguajes. Incluso, como lo enseña Beethoven, comprender que los sonidos van siempre acompañados de silencios. Y que en determinados momentos, ante los Savonarola, los Bellarmino o los distintos Comisarios Políticos, por ejemplo –y siempre flota en el ambiente, por así decirlo el Gran Hermano (Orwell, 1984)-, ni siquiera musita como Galileo el “*e puor si muove*”, sino, dice verdad y defiende verdad en esos lenguajes que los poderes, los controladores, y los normalizadores no conocen ni comprenden. Los ignorantes son siempre ellos, por eso se erigen siempre como policías del alma, y tienen sus redes de colaboradores (delatores, infiltrados, acusadores, por ejemplo).

La rareza del filósofo es la rareza misma de quienes hablan sin tener miedo, y los que denuncian y actúan de forma que verdad, esto es, la vida misma, sea reconocida como irreductible e irreconciliable con el miedo y la violencia en cualquiera de sus formas y

expresiones. Nada puede superar al amor por la vida. Sólo que este amor se expresa de múltiples maneras; así, por ejemplo, como el amor a la familia, o el amor por los amigos, o el amor por los camaradas, o el amor por los animales, por el género humano, o por un hogar, un terruño, en fin, el amor mismo por la tierra. Basta con andar con las gentes y entender sus amores, y las formas y expresiones que, en ocasiones, el amor tiene para ellos.

(He conocido personas totalmente marginadas ("desechables", *horribile dictum*) que verdaderamente se mueren de amor por un animal, generalmente un perro, aunque no exclusivamente; sus ojos brillaban de verdadero amor, y a pesar de haberlo perdido todo en la vida (¿?), se sentía amor total por sus mascotas; que son en realidad más que mascotas. Pero lo cierto es que son muchos los casos que se pueden apreciar, por ahí, alrededor del mundo. Gente buena, perdidos del todo para la sociedad y el mundo, pero que viven un amor sincero y total). Se trata de gente inmensamente más valiosa que muchos integrados funcionales que difícilmente viven su propia vida.

El mundo está lejos de ser uniforme, estándar, y de poder explicarse con base en procesos de generalización. Antes bien, debemos atender a los matices, las excepciones, las particularidades, en fin, también a los casos singulares y los procesos particulares. Es en estas excepciones, por así decirlo, donde se encuentran esos seres extraños, que aquí llamamos (acaso *faute de mieux*) como filósofos. Tan sólo como la referencia de quienes se esfuerzan por vivir en verdad; por vivir verdad.

En efecto no se trata única y principalmente de pensarla, lo cual por sí mismo es laudable y necesario. Tampoco es el caso únicamente de buscarla sin más. En la búsqueda misma es posible vivirla, pues verdad no es un estado, punto – sino el proceso mismo de descubrimiento y afirmación de la existencia. De la vida tal-y-como-la-conocemos, y de la vida-tal-y-como-podría-ser-posible. Como se aprecia, se trata de un asunto de una enorme envergadura, que no es única ni principalmente antropomórfico, antropológico, antropocéntrico.

El filósofo es alguien raro, un evento raro, en el sentido preciso y técnico de la palabra, pero precisamente por ello también vale la pena buscar a quien busca, pues la inmensa mayoría de las personas no buscan nada, a no ser que se trate de bienes materiales y experiencias efímeras, pero que creen importantes y necesarias. Un evento raro es equivalente a un cisne negro, un comportamiento irrepetible, un fenómeno impredecible, en fin, una inflexión.

Son las cosas raras las que, al cabo, resultan ser verdaderamente importantes – en la vida, en el conocimiento, en la naturaleza misma. No las cosas que son, en el sentido banal de la palabra, esas cosas de todos, en el sentido trivial del término, en fin, esas cosas comunes en el sentido directo, inmediatista y efectista de la palabra. Las cosas raras, si cabe, son las que dan qué pensar. Y las que marcan la vida de cada quien.

La rareza del filósofo es, pues, la rareza de las cosas mismas en que se interesa, de las cosas misma de que se ocupa, en fin, de las cosas mismas que resalta. Y no en última instancia, se trata de la rareza misma de su propia forma de vivir. Precisamente en contraposición con el sofista: el de ayer, el de hoy, el de siempre. Los sofistas son los afirmadores de los lugares comunes, de las conversaciones pequeñas, de las cosas directas e inmediatas. Los sofistas se anuncian a sí mismos y "se saben vender". Los sofistas son la vulgaridad socialmente aceptada. De manera generalizada, los sofistas no simplemente han sido amigos de quienes detentan el poder: peor, más exactamente, han sido sus aduladores, sus áulicos.

Los nombres, formas y expresiones de los sofistas han cambiado a lo largo de la historia y las geografías. Pero de manera general, han sido ellos quienes se han burlado de Zenón cuando cae el pozo profundo, quienes han incomprendido a Euclides o a Arquíloco, o quienes se han quedado estupefactos ante Diógenes el Cínico, por ejemplo. Son ellos quienes han llevado a la pira a Giordano Bruno, o se han vendido ante los favores de Guillermo Federico, o de algún otro gran monarca, empresa o presidente. Son, sin más, los sofistas quienes tienen precio, y entonces, más pronto o más tarde, terminan vendiéndose a sí mismos. Por un plato de lentejas, o por el precio que sea.

El principal rival del filósofo es el sofista, sencillamente porque cree saber cosas, confunde el fondo con la superficie, adula, se hace ver, y es la encarnación de la banalidad y la apariencia.

VERDAD Y MOVIMIENTO ASINTÓTICO

Vivir en verdad es difícil; es inmensamente más fácil vivir en la apariencia. Vivir en verdad exige fortaleza, voluntad de vivir, diría Nietzsche, decisión y algo de temeridad. El hombre sabio no conoce el miedo, pero se llena en ocasiones de prudencia.

Vivir en verdad implica un espíritu decisivo de crítica de todo lo que sea apariencia, por tanto veleidad y engaño. Sin pesimismos, lo que impera en el mundo de hoy es, justamente eso: apariencia, pretensión, banalidad, trivialidad. La misión del filósofo puede decirse que es por consiguiente agónica, pues verdad es algo siempre molesto e indeseable para las estructuras de poder y los mecanismos convencionales –siempre fáciles, siempre inerciales-, vigentes. Filósofo es todo aquel que se yergue con verdad o en búsqueda de verdad, o bien, con recusación, sospecha y hace el señalamiento de la apariencia. En cualquier lugar y circunstancia.

Ahora bien, vivir en verdad no significa, en absoluto, poseer verdad, o acaso saber clara y taxativamente qué es verdad y en qué consiste. Más bien, se trata de un presentimiento, de una intuición, de una promesa, de algo así como un juego o una apuesta. Pues nadie posee jamás plenamente verdad. Vivir en verdad es cualquier cosa menos acercarse, y mucho menos, caer en el mundo de las veleidades, lo aparente, la banalidad vulgar, las cosas fáciles por inmediatas.

Asistimos a una época en la que banalidad y apariencia son producidas, diseñadas y gestionadas estratégicamente. Existe toda una ingeniería social procductora de trivialidad, agenciadora de lugares comunes. La apariencia parece brindar réditos – económicos, políticos, y otros. Vivir en verdad implica un estado de vigilia permanente, acaso semejante al de Arjuna, el de los doce nombres, el valiente guerrero del Mahabharata. O también, desde otra perspectiva, la conciencia lúcida de lo que conforma el reino de Maya, la apariencia.

A diferencia de Arjuna, el filósofo no tiene demasiadas armas. Cuenta con su capacidad de discernimiento, su inteligencia y espíritu agudo y sagaz, con la velocidad mental necesaria, con un enorme bagaje de conocimiento, que a veces raya con la erudición, pero que se alimenta esencialmente de cada vez mayor información, cuanta sea necesaria, en fin, con un espíritu de investigación (*setemi*) y con mucha determinación. No mucho más. Y algo de fortuna.

La vida del filósofo no es solitaria, pero dada la abundancia de apariencia y el carácter pegajoso de la misma, es siempre preferible tomar distancia de la vida cotidiana, fácil,

inmediatista, efectista, superficial. No en vano, cabe recordar, el mundo de la vida (*Lebenswelt*) no es jamás un punto de partida en la obra de E. Husserl, sino una adquisición, un punto de llegada. Algo que jamás vieron Habermas y los otros vulgarizadores de la idea del mundo de la vida. En la fenomenología, el mundo de la vida es el resultado de haber atravesado por las distintas puestas entre paréntesis –las épojés- y es el resultado de la crítica o transformación dela actitud natural.

Desde luego que la gente normal ha experienciado verdad. Pero no hace de esa experiencia un tema de trabajo, un problema, una forma de vida. La gente experiencia verdad tal y como experiencia el viento de una tarde de verano, una llovizna matutina, o el encuentro imprevisto con alguien agradable o simplemente amable. Como eventos singulares y episódicos. Pero no como ese acontecimiento que transforma la existencia, y la exalta.

Las personas han experimentado alguna vez verdad, particularmente cuando eran niños o jóvenes, pero luego, el mundo los ha engañado. Y viven, así, en el desencanto. Verdad no parece ser nada permanente, nada a lo cual dedicar la vida, nada que merezca un motivo de orgullo, por ejemplo. Por esta razón, la gente termina enfermando, y mueren. El desencanto del mundo como desencanto de verdad es la caída en lo fácil, en lo sin-compromiso, en lo pasajero y trivial: que son, todas, formas como se incuban enfermedades.

Vivir en verdad es querer vivir una vida en la salud, y por tanto también en la alegría. Sólo que la salud aunque sea propia no es algo que dependa estrictamente de nosotros, sino del entramado de las relaciones que nos protegen y nos hacen posibles, y que nosotros mismos de alguna manera vamos creando. La salud depende, asimismo, del entorno o el medioambiente, en toda la extensión de la palabra. Debemos poder elegir el entorno, y debemos poder proteger nuestro medioambiente: esto es algo que compromete las posibilidades de una salud segura o robusta.

Para los antiguos griegos –por ejemplo, para Aristóteles-, sólo al final del día se podía decir que alguien había sido feliz. Esto es, la felicidad no era objeto de tácticas y estrategias, de momentos de consumo, en fin, de situaciones episódicas – que en realidad no son de felicidad, y manifiestamente no de terapias de distinta índole, sino de contento. En otras palabras, felicidad era el resultado de una sana ponderación, al final del día, cuando el sol del mediodía o la tormenta de la tarde se han calmado o han pasado. Podía entonces decirse –o saberse- qué era, qué había sido – verdad.

Hoy en día, consiguientemente, podemos decir que vivir en verdad es algo así como un movimiento asintótico. Nos acercamos, de manera incontestable a verdad, pero sin llegar a alcanzarla plenamente. Pues verdad no termina siendo jamás de alguien particular. Cuando es auténtica, la experiencia de verdad es experiencia de un cuadro completo, de un horizonte, de una imagen total. Vemos verdad más que con los ojos, además y principalmente, con los ojos del alma, o de alguna otra instancia más totalizante. (La óptica ha dejado desde hace mucho tiempo en claro que existe un punto ciego en la

visión, como resultado de la mirada estereoscópica. La visión de verdad con los ojos del alma no conoce de puntos ciegos o de manchas o *trompe-l'eoil*).

Vivir en verdad puede asimilarse, por tanto, a un esfuerzo permanente de reencantamiento del mundo, de re-enamoramiento con la vida y con el mundo. Incluso después de y a pesar del desencanto y el desenfado. Reaprender la esperanza, desaprender la desesperanza, y recobrar alguna inocencia perdida. Parece ser que hay que haber vivido mucho para volver a encontrar la inocencia; pero es igualmente posible que jamás se hubiera perdido completamente la inocencia; y como las buenas plantas, florece, una y otra vez; hiberna y espera, y produce retoños de las formas y en los tiempos más inesperados. La inocencia es la que ilumina la risa de un niño, y la que llena de colores sus ojos y su rostro cuando ríe. Y la risa de los niños es explosiva e inesperada. Estalla con las más mínimas expresiones, divertimentos o juegos.

Y es que verdad no es estática; es dinámica, en muchas ocasiones incierta, manifiestamente no-lineal, y generalmente es exaptativa. Como la vida misma. Verdad se aparece en un momento de una forma, pero, como una mujer virtuosa pero juguetona, le gusta ocultarse posteriormente y manifestarle luego de formas distintas. Verdad no es seria, ni adusta, carece de sentido de pesantez, y su vida está muy lejos del desasosiego. Verdad es juguetona. Divertida, tiene vatios sentidos del humor –humor blanco, humor negro, y otros-: debemos aprender a jugar los juegos de verdad.

La historia de verdad es como el universo, o como el tiempo, sobre el cual siempre, siempre nos queda la impresión de que es una ilusión – es como la vida misma. Computacionalmente dicho, verdad es incompresible: hay que echarla a rodar, o dejarla correr, y a cada paso vamos descubriendo lo que ella es, a cada paso. Quizás podamos elaborar videogramas de su pasado, pero no es posible, en absoluto anticipar su devenir y sus avatares.

En rigor, verdad puede ser vista como un movimiento asintótico, pero verdad es como un río, compuesto de rápidos de distintas velocidades y que no suceden siempre, necesariamente, en orden secuencial. Rápidos uno hasta el cinco, pero que se entrecruzan y se interfieren, acaso, caprichosamente. Verdad posee llanuras y colinas, montañas y playas, cordilleras y valles al mismo tiempo, costas y abismos. Sólo que localmente parece que domina una geografía sobre las otras. Ilusiones de la mirada local, que es, sin embargo, siempre, necesaria.

Verdad va desplegando en su propia evolución la geografía que la define: no existe geografía alguna antes de la historia de verdad. Verdad crea el paisaje, así como, por así decirlo, se va creando a sí misma a lo largo de la historia. No existe realidad antes de verdad ni por fuera suyo, y verdad va al mismo tiempo despejando, de manera juguetona las ilusiones que la envuelven o con las que ella se divierte.

Los griegos antiguos disponían de tres conceptos diferentes, así: existe la ilusión o la apariencia, y que en griego se decía y se dice *pseudós (tá pseudá*, en plural). Como es

sabido, en la Grecia antigua no existía la mentira, la falsedad o el engaño. Todos se decían "apariencia". Seguidamente, los griegos distinguían aquello que se aleja de la apariencia, y que se designaba como lo *apseudós*. Sin embargo, lo *apseudós* no se asimilaba aún a verdad, propiamente dicha. Se requiería de un esfuerzo aún mayor para alcanzar verdad: *aletheia*. Ahora bien, etimológicamente, verdad en griego se articula como l alejamiento del olvido –*a-lethe; a-letheia*-. El olvido es la muerte misma, el hundimiento en la ausencia de ser y de presencia.

De esta suerte, verdad consiste en el movimiento de la existencia mediante el cual nos alejamos del olvido, lo cual no necesariamente tiene que ser identificado como alejarse del pasado. Pues en el futuro también nos puede esperar el olvido. En este sentido, decía M. Merleau-Ponty que entrar a la historia no es entrar al pasado, sino lograr que generaciones posteriores hablen de uno. En otras palabras, entrar a la historia es entrar al futuro. Y futuro es el movimiento mismo de verdad.

El carácter asintótico del movimiento se refiere a la dinámica mediante la cual nos acercamos a verdad sin tener jamás la certeza de que la alcanzamos definitivamente. (Porque quien la alcanza lo sabe, pero no hace de ello un anuncio, y ciertamente no lo pregona a los cuatro vientos. Verdad es la puerta misma y la ventana de la sabiduría.).

Verdad no dice, insinúa, verdad no grita, sino calla; verdad no vocifera, no insulta, no disputa, verdad aconseja, invita, acompaña. Solo que debemos poder estar abiertos a leer sus invitaciones y sugerencias, las sutilezas, los signos y los símbolos. Verdad siempre habla, y habla de mil maneras, sólo que no siempre habla en el lenguaje que queremos, y ciertamente no en el (único) lenguaje que conocemos. Las limitaciones de verdad son en realidad limitaciones de parte nuestra.

Ahora bien, vivir en verdad es altamente difícil. ¿Podemos todo el tiempo, en cualquier circunstancia y ante cualquier persona decir lo que verdaderamente pensamos, lo que creemos, lo que sentimos? Vivir en verdad significa –es un truismo, en realidad-, vivir en verdad con los demás, en medio de las demás. ¿Acepta el mundo la sinceridad, la franqueza, la veracidad?

Tal parece que el mundo no resiste, no aguanta verdad permanentemente, y ni siquiera durante largos tiempos. Todas las apariencias indican que no es posible vivir en verdad, y ciertamente no en el mundo con otros, en medio de los demás. El mundo –y acaso nosotros mismos, no aguanta verdad todo el tiempo. Es como si verdad fuera admisible a cortapisas, como dardos, o por flashes de luz, pero no como un foco permanente. Todo parece indicar que el mundo exige de parte del filósofo silencio, disimulo, mentiras (blancas – *sic*) y acomodamiento. Es lo que en el sentido popular del término se entiende como "diplomacia"; esto es, en realidad, (algo de) hipocresía y pusilanimidad.

Es como si el mundo no fuera lo suficiente fuerte y lo suficientemente vital. *To pseudós* y lo *apseudós* parecieran ser el resultado de debilidad y flaqueza. La franqueza y la sinceridad hieren y lesionan a quienes no están suficientemente preparados ante

verdad. Hemos vivido un mundo y una historia en la que lo que prima es la enfermedad y la debilidad, antes que la vitalidad y la sinceridad. Basta con echar una mirada a la historia, y ello sin ninguna necesidad de prejuicios ni ser pesimistas. Hemos vivido una historia de cansancio y de desidia, de conformismo, sujeción y miedo. Pero esa historia ya no es inevitable.

La mayoría de los seres humanos fueron, según parece, educados en el miedo a verdad, y en la idea de que la mentira y la apariencia son o bien males necesarios o males menores y que verdad no siempre era conveniente. Los seres humanos fueron siempre educados, en su gran mayoría, como esclavos, pues el esclavo siempre acepta “la verdad” del amo, no cuestiona, y teme por lo general sublevarse.

Si el movimiento de verdad y hacia verdad es asintótico, la curva presenta declives profundos, ascensos esperanzadores y retrocesos que parecieran inevitables. Es el vector el que es asintótico.

VERDAD Y BELLEZA

En el lenguaje, cuando una proposición o un enunciado o un conjunto de enunciados no son hermosos, seguramente no dicen verdad. Belleza es acaso la mejor de las garantías que nos avisa (¿o nos previene?) si nos encontramos en las cercanías de verdad. Cuando acaece, verdad es siempre hermosa, no cabe la menor duda al respecto.

En matemáticas ha quedado desde siempre establecido, y cada vez es más certero este reconocimiento, que una ecuación o una fórmula si no es hermosa, seguramente está equivocada. Belleza es la confirmación plena de que un teorema, por ejemplo, es correcto. De esta suerte, belleza funge como criterio de demarcación científica, bastante más eficaz que los clásicos criterios fisicalistas como verificación, confirmación, contrastación o falseación de teorías o hipótesis. Algo que en el marco de la metodología de la investigación científica bastante poco ha sido mencionado.

La belleza ha tenido siempre un carácter subversivo, pues puede decirse que consiste en eliminar el desorden y la fealdad del mundo, cambiando por consiguiente la historia anterior, por definición, de fealdad, en nuevos momentos y etapas, acaso más armónicos y estéticos. Social o culturalmente hablando, la realidad es fea, y justamente por eso hay que cambiar el mundo, esto es, hacerlo mejor. Belleza constituye siempre una guía en el cambio del mundo. La historia puede ser vista como un proceso no lineal, por tanto no mecánico ni reduccionista, mediante el cual el mundo, la vida y la naturaleza se van haciendo más hermosos – por ejemplo, porque ganamos en comprensiones y explicaciones acerca de los mismos, o porque vamos ganando tiempo y grados de libertad, concomitantemente.

En otras palabras, la construcción de la historia es el proceso mismo mediante el cual nos vamos alejando de la fealdad y lo grotesco, sin que ello, en absoluto, signifique que lo grotesco pertenezca necesariamente al pasado. Las contribuciones al proceso civilizatorio son exactamente el proceso mediante el cual nos acercamos a belleza como en un movimiento asintótico. La belleza no es un objeto de simple diseño e ingeniería, aunque tampoco es posible sin ellos. Belleza es una experiencia metafísica, y así, se encuentra en las antípodas de lo simple, lo útil, lo industrioso y lo artificial – en el sentido manido de la palabra. La experiencia de belleza nos transforma.

Sin embargo, belleza no garantiza el avance de la historia, ni es una garantía de la legitimidad de los cambios. Ha habido, ayer y hoy, aquí y allí, cambios que han sido perfectamente nefastos, y en consecuencia, feos. Belleza no se ha aparecido ni por las comisuras en esos momentos.

Sencillamente, la belleza consiste en una relación de integración, y lo feo, por el contrario, en división, separación y aislamiento. Exactamente en este sentido, lo feo ha sido siempre

entendido en términos de análisis, mientras que la belleza implica una comprensión de la realidad como síntesis. Pensar como síntesis, y vivir en términos de síntesis, algo que produce una inflexión radical con el núcleo mismo de la civilización occidental.

En verdad, lo contrario de la belleza no es la fealdad, sino la apariencia; la vulgaridad, lo grotesco. Por su parte, la fealdad es una experiencia de belleza *in extremis*.

Buscar verdad y decirla es una manera al mismo tiempo de crear la realidad y de transformarla. La creamos en tanto que sin verdad, la realidad es poco menos que una cortina de humo. Pero transformamos esa cortina de humo concediéndole profundidad, relieves, matices y tonos – que es todo el espectro de verdad. La creación de realidad es al mismo tiempo creación de belleza, y su destrucción, deformación u ocultamiento es el proceso mediante el cual apariencia termina desplazando o superponiéndose a verdad. Un tal desplazamiento ha sucedido en la historia de la humanidad durante largos períodos, y en diferentes lugares. Verdad nunca está garantizada de antemano, y manifiestamente no a priori.

Y sin embargo, no es posible decir belleza ni verdad en la simplicidad del lenguaje proposicional. Ambas desbordan el lenguaje proposicional y nos lanzan el entramado de las traducciones de unos lenguajes en otros, y de tantos lenguajes como quepa imaginar. Decir verdad y belleza es una empresa inacabada e incompleta, aunque jamás fútil o ilusoria. Todo lo contrario, en ella se revela la esencia misma de la vida, la autenticidad de la experiencia de estar vivos, los mejores esfuerzos del espíritu humano. Sólo quienes están auténtica y verdaderamente vivos pueden experienciar y sentir la complejidad de belleza y de verdad, y el problema de decirlo de una única manera, o de una forma predominante sobre otras.

Quienes han marcado, positivamente, la vida de los demás, han sembrado o puesto, por así decirlo, una impronta de verdad en sus vidas. Nadie que no haya sido verdadero por su parte no ha dejado de significar o de mostrarnos el camino hacia verdad. Todos los demás habrán sido pasajeros, transitorios. Es cierto que la mayoría de las gentes nos es transitoria, pero es igualmente cierto que son los seres verdaderos en nuestra vida los que han dejado las mejores enseñanzas, experiencias o memorias. La experiencia de verdad se da en ocasiones como la experiencia profunda y originaria de los otros – de algunos otros – no de todos y ciertamente no de cualquiera.

El mundo se transmuta en verdad cuando la belleza nos marca el alma, por así decirlo. La primera impresión en muchas ocasiones es altamente significativa, y lo que debe hacer el filósofo es no dejar perder la experiencia y el sentido entero de la primera impresión – esa impresión fundacional de verdad o de belleza. Pues lo natural es que la impresión primera tienda a diluirse, con el tiempo, con la geografía, con otras experiencias posteriores. Esa primera impresión no puede ni debe, sin embargo, institucionalizarse, pues no es evidente ni necesario que la impresión primera sea igualmente importante o fundamental para otros.

Sin belleza, verdad es apenas existente – en el mejor de los casos una promesa sin seguridad de cumplimiento.

Ahora bien, belleza, más que una búsqueda, pone de manifiesto que se trata de un encuentro. Belleza implica, de entrada, un movimiento de inmanencia, así nos alimente para acciones posteriores y para búsquedas futuras. La belleza es una experiencia, y toda experiencia o bien nace de adentro, o bien transforma profundamente el interior del cuerpo y del alma, una unidad compleja.

Verdad puede y debe ser vista como una experiencia de realización o de cumplimiento, antes que de extrañamiento, alejamiento o salida hacia horizontes extraños. Verdad no se encuentra "allá afuera", sino en la experiencia de existir, del convivio, de nuestras relaciones con la naturaleza misma. Y la forma más inmediata y directa que la naturaleza adquiere para nosotros es nuestro propio cuerpo. Sólo que el cuerpo es una interface entre nuestras ilusiones nuestros sueños, nuestros miedos y fantasmas, por ejemplo, y el la totalidad del mundo, el universo mismo.

Hay que decir que las apariencias tienen un cierto atractivo. Usualmente por su simplicidad, generalmente por el diseño, muchas veces por alguna utilidad, y casi siempre debido a que las apariencias son fáciles e inmediatas. Las apariencias, por así decirlo, siempre "están a la mano" (*zuhanden sind*), no requieren esfuerzo alguno, y se ofrecen fácilmente a la mirada, al uso y la manipulación. Toda la historia del diseño – industrial, gráfico, textil, y otros- consiste exactamente en esto. E incluso a pesar del propio Toulouse Lautrec, la historia de la publicidad y la propaganda no hace algo distinto.

Las apariencias en el mundo de hoy son diseñadas, programadas, elaboradas y producidas – muchas veces, con finalidades estratégicas. Vivimos un mundo en el que la apariencia es la regla, y en el que la belleza es presentada como algo fácil e inmediato. Belleza es una experiencia profunda, alguien diría que sublime, y si es tal, se trata de una experiencia larga en el tiempo o profunda en intensidad, o incluso, más radicalmente, una experiencia sin tiempo.

La sabiduría enseña que siempre hay que sospechar de la belleza fácil que se ofrece inmediatamente a la mirada a y a la mano. Casi siempre esconde algo, y se puede anticipar que cosas nefastas pueden suceder en su terreno. La vida no es difícil, pero manifiestamente no es un asunto que esté a la mano, con atractivos fáciles y falsos.

Cuando la belleza se ofrece sin más, de manera fácil e inmediata, podemos despertar nuestras alertas más profundas porque la apariencia ronda, y puede imperar e imponerse, echando al traste tiempos futuros posibles, realidades actuales gratas, y tantas relaciones, reales y posibles, que se desbaratan en un dos por tres, sin más.

La belleza verdadera no es algo que se muestre sin más, y que se anuncie de manera inmediata, ni se ofrece al primer postor. La belleza de la naturaleza hay que experimentarla,

pues al fin, como decía Heráclito, a la naturaleza le gusta ocultarse. De suerte que detrás de toda apariencia presuntamente hermosa sólo hay bonitura, diseño, plan, estrategia, táctica y, hoy, consumo. La belleza de la apariencia es belleza de consumo, punto.

Así es determinante distinguir entre la belleza aparente y la belleza verdadera. Algo que se dice fácilmente pero que es sumamente difícil de alcanzar. Tanto más en la era del diseño industrial, el diseño gráfico, el diseño textil, el diseño gráfico, el diseño de experiencias y otros, los cuales fabrican, diseñan y producen bellezas orquestadas. El diseño en general es un sucedáneo del sistema de libre mercado, le hace un muy flaco favor al consumismo y al crecimiento económico, y es una alcahueta de la obsolescencia programada. Sin más, el diseño en general es una de las mejores expresiones de esa forma de vida y mentalidad que es el capitalismo.

Verdad se opone radicalmente a la bonitura, a la falsa belleza, y verdad es una herramienta crítica, por así decirlo, frente a todas las ingenierías y estrategias vendedoras de bellezas artificiosas. Parte de un cierto heroísmo de verdad y de mucha capacidad de independencia y autonomía radica en la acusación explícita de que hay todo un sistema de mercado que hace que las gentes deseen cosas que no necesitan, y les ofrecen beldades que son aparentes e ilusorias, pasajeras, y que instrumentalizan a los seres humanos.

La situación es de tal suerte que es posible afirmar sin ambages que en una época y lugar en las que prima la belleza aparente, allí mismo verdad está siendo desplazada a lugares secundarios y parece predominar ampliamente la superficialidad. Allí mismo, es la vida misma la que se encuentra en entredicho, esto es, en peligro (*at stake*).

Manifiestamente, se necesita de mucho criterio propio, una inmensa capacidad de autonomía y libertad para no adquirir, por cualquier medio, cosas que no se necesitan. Se trata, por ejemplo, de la fortaleza para no caer en mentiras repetidas mil veces que terminan convirtiéndose en verdades (Goebbels); de la autonomía para no dejarse llevar por la presión social, la publicidad, la propaganda y los medios y redes sociales, que muchas veces hacen la labor de idiotas útiles; de independencia para saber verdaderamente qué queremos y qué no queremos, qué necesitamos y qué no necesitamos. Quien adopta estas actitudes como formas de vida es un filósofo, y se encuentra entonces en el buen camino hacia la sabiduría. La sabiduría no es el aislamiento de los demás, sino, por el contrario, mantenerse con los otros críticamente, con sentido de independencia, como alguien auténtica y radicalmente autónomo. Y claro, ayudar a los demás a alcanzar una libertad semejante. Por tantos medios como sea imaginable y necesario.

En el mundo de lo artificioso orquestado es la fealdad, lo grotesco, la banal y lo superficial lo que predomina, y entonces la belleza tiende a ser eliminada. Pues la verdadera belleza siempre es y ha sido crítica de las apariencias así esta crítica no sea su cometido principal.

El filósofo hace de belleza una bandera, si cabe decirlo, mediante la cual recusa la apariencia y se lanza en la afirmación auténtica de la vida. Belleza es, si cabe, una daga

de doble filo que permite destrozar las ilusiones, con tal de que se sepa manejar la daga y apreciar verdaderamente la belleza.

Las relaciones humanas siempre se han ordenado según se relacionen con las cosas. Esta situación ha determinado toda la historia de la sociología y la política, la economía y la antropología, notablemente. De consuno, verdad ha estado mediada o determinada igualmente por esa circunstancia. Es hora de que esta situación cambie, pues la historia de las relaciones humanas, y por tanto, del mismo valor humano, ha estado sujeta a las relaciones con las cosas. En la historia de la modernidad hasta la fecha, notablemente, se ha tratado de las discusiones en torno a la propiedad (derecho a la propiedad privada, propiedad colectiva o común, etc.).

Verdad es el título –acaso más radical- de las relaciones humanas; por ejemplo, establecer quién nos ama y quién no, quién es un buen amigo y quién lo pretende, y así sucesivamente. Desde este punto de vista, verdad es un asunto que involucra la totalidad de la existencia, esto es, el plano emocional y el intelectual, el afectivo y el social, por ejemplo. Con nuestra gente más próxima, con otros seres reales, pero también con cualquier otro ser humano (o vivo) posible.

¿Es posible que haya relaciones humanas no mediadas ni determinadas por las relaciones con las cosas? En esta pregunta lo que va implícito es el cambio del sentido y el significado de la historia futura de los seres humanos; en el planeta Tierra o en otros espacios. Más ampliamente (y caso a título especulativo): las eventuales posibles relaciones con otras formas de vida y con otras formas de inteligencia –extra-terrestres- estará o deberá estar determinada por la relaciones con las cosas?

La historia habida de la vida en el planeta –específicamente en los marcos de la civilización occidental- sitúa las relaciones con las cosas en un primer plano, y sólo entonces a las relaciones entre los propios seres humanos; y con otros seres vivos y con la naturaleza. Precisamente por ello se trata de la historia misma de la apariencia, literalmente. Aparentar tener para entonces aparentar ser; y entonces verdad queda relegada a lugares muy secundarios, si es que ocupa algún espacio, en realidad. Esta historia encuentra sus raíces más profundas, acaso, en el neolítico mismo, pero halla su expresión más acabada con el surgimiento de la burguesía como clase social.

Sin más, (el derecho a) la propiedad ha determinado por completo el valor mismo de la existencia, definida entonces como “persona”. Y más exactamente, la dignidad humana. Basta con echar una lectura a los clásicos del pensamiento político en los orígenes de la modernidad (Bacon, Hobbes, Locke, Rousseau, por ejemplo). La historia de las cosas (= propiedad) es la historia misma de la apariencia, y entonces el desplazamiento –y el ocultamiento- de verdad.

Verdad –y por tanto belleza- puede ser vista, entonces, como la transvaloración de las cosas en general y de la propiedad en particular (en sentido Nietzscheano; esto es, como la inversión de que lo que estaba y está arriba –las cosas- puede estar abajo, y lo que

estaba abajo –los propios seres humanos- puede estar arriba. “Arriba” y “abajo” son aquí simplemente nociones denotativas). Pero, aún más radicalmente, se trata de la historia mediante la cual se vela que el “yo” es apenas una ilusión, justamente eso: una apariencia.

Cabe entonces afirmar, sin ambages, que el “yo” es una invención fundada en la importancia (o la presunta importancia) de las cosas (propiedad). Verdad pone en evidencia justamente eso: que el yo es una apariencia, una ilusión; un (mal) invento, si cabe. Sin embargo, no es aquí mi propósito hacer una historia del yo. Esto debe quedar para otro momento.

VERDAD, MENTIRA Y SALUD

Verdad no es un asunto de principios morales, de filosofía –en cualquier acepción de la palabra-, y manifiestamente no de asuntos religiosos. Mucho más radicalmente, verdad es un asunto de salud, y por tanto de vida.

En efecto, la mentira nos enferma. Y como la inmensa mayoría de las enfermedades, es invisible hasta cuando puede ya ser muy tarde. Mentira comienza por incubarse, imperceptiblemente en algún rincón e nuestra vida; casi siempre a raíz de alguna banalidad, algo menor. Posteriormente, también de manera imperceptible, mentira va creciendo, multiplicándose, transformando de manera sutil el rostro, el cuerpo, el vocabulario que usamos, nuestro propio espíritu. Hasta que, al cabo, mentira por transformarse en una patología determinada. Si no hay tratamiento oportuno, podemos morir en un tiempo. Mentira es una enfermedad que se expresa como patología, en el sentido literal de la palabra.

Vivir una vida en la apariencia es exactamente equivalente a llevar una vida en la enfermedad. Las apariencias corresponden en el plano lógico o epistemológico a lo que en el plano de vida es la enfermedad. La dificultad grande estriba en el hecho de que en toda la historia de Occidente tan sólo se ha sabido de enfermedad. Hace apenas muy poco que hemos aprendido a pensar en salud.

Hay muchas personas que son muy buenas viviendo en la apariencia; presumiendo cosas, presentando un rostro ante el mundo que no es el propio, puras máscaras. Generalmente, literalmente, se trata de personajes y personalidades. Los demás, como de costumbre, imitan a sus amos, mimetizan los entornos en lo que viven o trabajan, en fin, asimilan sin más hábitos, costumbres, atmósferas que no les son propias.

Dice la sabiduría popular que tan sólo reconocemos la salud cuando le hemos perdido. Pero es igualmente cierto que no hay que haberla perdido necesariamente para saber lo que significa. Algo análogo acontece en el caso de verdad. Sólo que la salud es un fenómeno que comienza mucho antes de cada quien, que atraviesa a cada uno, y que termina mucho después de cada cual. Por consiguiente, salud es bastante más que el propio cuerpo, aunque la expresión más directa e inmediata de salud es el cuerpo.

Así, una sabiduría de salud implica una sabiduría acerca del propio cuerpo. Pero el cuerpo es tan sólo una interface entre nuestra vida personal y el entorno, el cual es esencialmente abierto e indeterminado.

La salud humana no es distinta a la salud el medioambiente, y ulteriormente, la salud misma de la naturaleza. La salud en un plano se corresponde plenamente con la salud en el otro plano. Pero, adicionalmente, la salud de cada quien no es ajena a la salud de los demás. Al fin y al cabo, para cada uno la salud parece tratarse de un asunto propio, personal, y sin embargo, es un hecho reconocido que vivimos en comunidad, y que los hábitos, las costumbres, los gérmenes y las bacterias de la comunidad no son muy distintos de los de cada quien.

Gracias a los más recientes desarrollos en biología, ecología y ciencias de la salud y ciencias de la vida, hemos llegado a reconocer que no hay dos cosas: naturaleza y cultura, sino una sola. Un título para esta unidad es el de epigenética, y existen varios planos al respecto; por ejemplo, la epigenética comportamental o la simbólica. Así, literalmente, lo que sucede en un plano tiene diversas correspondencias con lo que acontece en el otro plano. Y mejor aún, lo que acontece en el orden ontogenético no es muy diferente a lo que acontece en el plano filogenético.

De suerte que pensar salud es una tarea de inmensa complejidad, y no se resuelve en una (simple) fórmula. Salud demanda, no sin ciencia y sin tecnología, no sin mucha investigación, además, de mucha sabiduría. Eso, justamente: la sabiduría de vivir – de llevar una vida buena, en fin, de saber vivir. Algo que se dice fácilmente pero es extremadamente complicado de llevar a cabo.

Vivir en verdad es llevar una vida sana, saludable, una vida lejana a la apariencia y la vulgaridad. El mundo ha llegado a enfermarse masivamente debido a al dominio cada vez mayor de las apariencias. *Pseudá y apseudá*, por igual.

Dicho en otras palabras, vivir en verdad equivale al mismo tiempo que alejarse de la apariencia y la mentira, saber tener relaciones de armonía consigo mismos, con los demás, con el entorno y la naturaleza. Nadie que no sepa de armonía no sabe de salud, y por tanto tampoco de verdad. Sólo que la armonía admite más de una comprensión. La música puede ayudar en este punto.

De base, se trata de la capacidad para enlazar acordes, esto es, notas simultáneas. Justamente, planos simultáneos, dimensiones, espacios y relaciones en escalas paralelas o conjuntas. Distintas partes, diferentes instrumentos, distintas frases, por ejemplo, deben tener un equilibrio (dinámico), de tal suerte que el resultado exprese belleza. En dos palabras: salud es una sola y misma cosa con la belleza. Al igual que verdad, por lo que precede.

Los acordes tienen progresiones, no simplemente se ajustan en el tiempo sino que dan lugar a tiempos propios, distintos al tiempo común y corriente. Estas progresiones tienen conexiones que rigen la armonía. La sabiduría del músico y de la orquesta estriba en reconocer estas progresiones y contribuir al desarrollo de las mismas. Así, la armonía puede ser entendida al mismo tiempo en términos de concordancia, de superposición (aquí la referencia a la física cuántica es inevitable), de simultaneidad.

En ocasiones la armonía sugiere atmosferas y espacios de tranquilidad y sosiego, y en ocasiones, de tensión. Sin embargo, es claro que las armonías admiten un principio de relatividad, así: según la cultura, de acuerdo con la biografía, en fin, en correspondencia con los niveles de desarrollo personal y social. En sentido estricto, la noción de armonía es específicamente occidental dado que la polifonía es un fenómeno exclusivo de Occidente.

De manera tradicional, la armonía sirve como acompañamiento o base de una o de varias melodías. Dicho en otros términos, la sucesión tiene como base o armazón la simultaneidad o la superposición de notas. En fin, la armonía tiene aquí el sentido de que debe ser posible establecer correspondencias de tipo estético con notas, instrumentos, tiempos, lugares, materiales y temas diferentes. Tal y como acontece en la vida misma.

Como se aprecia, la melodía constituye una metáfora útil para entender salud, una metáfora bastante próxima a la realidad. No es posible alcanzar la salud en un plano y contexto sin que tenga lugar al mismo tiempo en otras escalas y dimensiones. Salud es un asunto de alta complejidad.

Existe una palabra de moda que sirve para entender estas reflexiones. Se trata del reconocimiento de que la belleza como la salud implican una experiencia y una comprensión sistémica, esto es, integral y orgánica; mejor, organísmica, si se prefiere. Salud, en otro plano, es el resultado de factores y fuerzas homeostáticas y homeoréticas. El resultado de la tensión entre ambos factores de fuerzas o medios define la salud. Pues bien, lo mismo sucede con verdad.

En consecuencia, como se aprecia, llevar una vida en verdad equivale a llevar una vida sana o saludable, pero la salud no es algo que estrictamente dependa única y exclusivamente de cada quien. Aunque las decisiones y las acciones en torno a salud sí dependen de cada uno. Muchas cosas en la vida no dependen de cada uno, pero es igualmente evidente que las decisiones y las acciones de cada quien sí catapultan o gatillan el destino de cada uno, y el estilo y las formas de vida que cada quien decide tener, y puede y tener.

Las apariencias y las mentiras terminan por producir malignidades, tumores, anemias crónicas, en fin, tantas enfermedades que terminan, unas por ser agudas, otras crónicas y otras más complejas, en el sentido preciso que estos conceptos tienen en medicina. No existe un determinante de salud, como tampoco existe un determinante de verdad. Que una enfermedad emerja en un cierto momento y de una cierta forma o expresión es el resultado de numerosos factores, pero sin la menor duda, uno de ellos es el de llevar una vida en apariencias y mentiras.

El amor a verdad es, por consiguiente, tanto como el amor a belleza, o salud. Que no son, simple y llanamente, otra cosa que el amor a la vida misma.

Eso: una vida de amor es una vida de armonía, de trasparencias y ausencia de opacidades.

Esto es lo que la psicología científica y la popular comprenden y definen como carisma. El carisma del filósofo no es otra cosa que un estilo de vida armonioso, y que transpira salud: salud física, salud mental, salud espiritual.

Llevar una vida en verdad es, según, tan fácil o tan difícil como llevar una vida sana o saludable, una vida por consiguiente alegra y jovial, y es que uno de los rasgos más sobresalientes de la salud; es tanto el optimismo como la tranquilidad – ante los avatares de la vida, ente las incertidumbres de la existencia y el mundo.

Sin maniqueísmos, la enfermedad y las apariencias están enmarcadas o atravesadas por pesimismo, por desasosiego, en fin, por un cierto malestar en la existencia y la cultura. Y casi siempre por un estrés intolerable. El pesimismo es una de las formas como se encuban enfermedades y patologías. Y una de las primeras expresiones del pesimismo es la incredulidad ante el futuro, incredulidad ante los demás y ante sí mismos. Un cierto sentimiento der entrega (*giving up*) y de derrota.

El pesimismo es el nombre del mal – en cualquier acepción y contexto que se prefiera. Y el pesimismo implica, se acompaña por, y tiene como consecuencia, una cierta oscuridad, un sentido de sombras autófagas, en fin, en el mejor de los casos, luces demasiado tenues para ser percibidas con los ojos normales.

Un filósofo "periférico" (J. Patocka) comprende a la filosofía, y por tanto a esa forma de vida que es el filósofo como el cuidado del alma (*epimeleia tes psychés*). El cuidado del alma, en este sentido, no tiene una significación religiosa, digamos, sino, se trata del cuidado que implica saber llevar una vida buena, una vida de luces, si cabe la expresión, en fin, un saber vivir. No es aquí asunto de recetas, fórmulas o algoritmos. No podemos enseñar la alegría de vivir, pero si es posible que otros aprendan a diferenciar entre sombras y luces, entre oscuridades y optimismo. Sentido de la vida, significado y significación de la existencia.

Sin embargo, es evidente que no existe un único sentido significado o significación de la vida, pero sí es cierto que cada quien sabe y puede distinguir para sí mismo y los demás lo que es una vida sana y saludable. Por decir lo menos, hay quienes sí logran identificar sin dificultad una vida indeseable, enfermiza. Hay quienes saben mentirle a los demás. Pero en el momento en el que alguien se miente, y peor aún, se miente sistemática y sistemáticamente a sí mismo, está perdido. Punto.

Lo dicho, salud y verdad.

Si en una cierta tradición la medicina y la filosofía se implican recíproca y necesariamente, ello apunta al hecho de que el cuerpo y el alma son una sola unidad, que la naturaleza y la cultura constituyen dos caras de una sola y misma moneda, que hay una sabiduría que las atraviesa a ambas y al mismo tiempo las constituye. Pero dicha tradición no es exclusiva de Occidente, y puede ser vista o encontrada también en numerosos otros lugares. Al fin y al cabo la salud es un asunto básico relativo a tener horizontes, tener

esperanzas, tener y alcanzar posibilidades, soñar, imaginar mundos, fantasear con otras formas, estilos y estándares de vida. Por el contrario, la enfermedad es la preclusión de las posibilidades en la facticidad, en la realidad, muda y aplastante. En contraste, el cuidado del alma consiste en vislumbrar, esculpir, escribir, construir, sembrar espacios, posibilidades, esperanzas, horizontes. Quien es lo mejor que le puede suceder a cualquier ser vivo. Dicho negativamente, que los horizontes y los mañanas no se oculten y desaparezcan.

En este sentido, una vida en verdad es una vida con horizontes, y en ello exactamente consiste la salud. Y no existen horizontes que sean oscuros u opacos, sólo existen horizontes de luz, horizontes de sentido y significación.

La salud es esencialmente un horizonte de indeterminaciones. O bien, más exactamente, mientras que la enfermedad es determinada y hay que determinarla, pensar la salud y vivirla es exactamente igual a pensar indeterminaciones e indeterminar el mundo y la vida. Rembrandt lo vio muy bien, y en eso consiste su enorme contribución al proceso civilizatorio: las sombras, digamos, los claroscuros tienen de importancia que apuntan desde sí mismos más allá de sí mismos, a saber, hacia la visualización de contornos, de espacios y, ulteriormente, de formas y líneas. Hay toda una filosofía de salud en la obra de Rembrandt, y es a la luz de esta filosofía que su obra puede ser apreciada.

Digámoslo en otros términos: la grandeza de verdad tanto como de salud consiste en las promesas que abren, en las profundidades que insinúan, esto es, en las anticipaciones que cabe imaginar o vislumbrar. Salud, simple y llanamente, es la anticipación de una vida buena, de una vida en verdad.

Ahora bien, sin embargo, la salud no es significativa por sí misma. Mejor aún, su importancia estriba en las proyecciones, en las anticipaciones, en las puertas y ventanas que abre, si cabe. Se trata, aquí, de expresiones para designar el hecho fundamental de que existen horizontes y mañanas, por tanto esperanzas y luces. La vida es la luz que alumbra el universo, sólo que esta luz admite cromatismos, ampliaciones, radiaciones, longitudes plurales y abiertas.

Quisiera decirlo de manera directa: verdad nos habla directamente a través del cuerpo, y vivimos verdad como llevando una vida sana o saludable. Cuando no escuchamos o vemos a verdad es como cuando enfermamos, cuando vemos las cosas negras, cuando los horizontes desaparecen y se difuminan. Verdad nos habla primariamente a través del cuerpo y es en el cuerpo donde inicialmente experienciamos verdad, salud o belleza.

El mundo de las apariencias no es por tanto diferente del mundo de las sombras y las opacidades, el mundo se asemeja finito, sin tiempos ulteriores, acaso chato, cuando diferentes males nos circundan nos acechan o nos atacan. Frente a ello, salud implica un mundo de luz como de armonía. Esto significa que el esfuerzo por llevar una vida sana o saludable equivale tanto como una existencia centrada en la búsqueda de belleza. Ya en medio de la locura que lo abordaba irremisiblemente, le escribe V. Van Gogh a su

hermano Theo: “Hermano mío, intenta buscar toda la belleza que puedas. Hoy en día nadie se esfuerza por encontrar y ver cosas bellas”.

Una puntualización. Existe una tradición muy reciente que comprende llevar una vida sana o saludable como sanalogía[2]. La sanalogía tiene una historia ya de más de cuatro lustros y puede decirse que es la ciencia de la salud, *contrario sensu*, por ejemplo, a como la enfermería es ciencia de la enfermedad. Mejor aún, se trata de un enfoque interdisciplinario que redefine la comprensión del ser humano y se centra en varios factores conducentes a curar y sanar plenamente. De manera significativa, tiene ya varias experiencias de índole académico y científico en Cuba, en Estados Unidos, en Canadá y otros países. La medicina, por su parte, ha sido clásicamente comprendida como el arte de curar, lo cual no apunta, etimológicamente, para nada a que lo suyo hubiera sido siempre y lo sea aún la ciencia de la salud. Debemos poder cambiar el lenguaje de la misma manera como cambiamos la vida y el mundo. Esta es parte de la misión del filósofo.

La sanalogía es ciencia que apunta hacia un nuevo mundo, que al mismo tiempo que señala que hay un tiempo que perece –el de la enfermedad como el de las apariencias- hay también un mundo nuevo que nace: el de la belleza como el de verdad y la armonía. Los nacimientos de mundos son exactamente nacimiento de nuevas formas de vida, nuevos lenguajes, nuevas relaciones con el mundo y la naturaleza. Sin grandilocuencias, el filósofo es todo aquel que logra ver nuevos y mejores horizontes, se esfuerza por alcanzarlos y por hacerlos posibles, para sí mismo tanto como para los demás.

En cualquier caso, lo que emerge claramente ante plena luz del día, sobre la mesa, es el reconocimiento de que la salud exige una total re-conceptualización y redefinición de los marcos tradicionales. Cabe aquí una idea importante de Einstein, a saber: si de veras estamos interesados en resolver un problema, debemos cambiar el marco en el surge el problema. De otro modo no habremos resuelto nada.

Pues bien, el marco en el que surge el problema es, prima facie, el marco teórico y conceptual. Pero si empujamos, amablemente la idea de Einstein, entonces hay que decir que es preciso igualmente cambiar el marco lógico y epistemológico en el que surge el problema. Pero, aun así, ello no es suficiente para resolver el problema. Es preciso avanzar unos pasos más.

Si efectivamente queremos resolver un problema, es indispensable, además, cambiar el marco científico y el marco filosófico en el que surge el problema. No simple y llanamente el marco metodológico. Pero la cosa no se queda aquí, pues existe, asimismo, un marco social, un marco cultural y un marco político e histórico, de tal suerte que, entonces, si efectivamente queremos resolver un problema, es preciso cambiar el marco global en el que surge el problema.

2 Cfr. J. A. Nicolás, M. J. Frápoli, Teorías de la verdad en el siglo XX, Madrid, Tecnos, 1997.

Ahora bien, manifiestamente Einstein no iba tan lejos, y la suya no es una radicalidad semejante. Aquí, sólo hemos querido llevar la idea hasta el extremo, pues el asunto no puede quedarse simplemente en aspectos de tipo metodológico o conceptual. Finalmente, si en efecto queremos resolver un problema, es preciso cambiar el mundo mismo en el que surge el problema. De lo contrario, para decirlo de forma eufemística, tan solo habremos cambiado la superficie o la forma del problema; es decir, no habremos hecho finalmente nada.

Verdad, salud, requieren una radicalidad como la que mencionamos aquí. Al fin y al cabo, lo que está en juego es la vida misma, la vida en contraste con la enfermedad, con las apariencias, con la mentira, en fin, ulteriormente, con la muerte misma. Y la muerte no constituye ninguna alternativa a la vida. La filosofía, en cuanto amor por el conocimiento, es amor a la vida, y la muerte no significa, en manera alguna, ninguna alternativa a nada. Es, simple y llanamente, el desplazamiento de los problemas no su solución.

VERDAD Y DEBATE

Verdad es el resultado del debate, no de pretendidos acuerdos, negociaciones y consensos facilistas. Es el resultado de confrontaciones sinceras, argumentadas, fuertes y críticas, pero jamás personales. Verdad es tanto el resultado de un estado de democracia como que promueva a su vez fuertemente la democracia. Esto es, sin más, la crítica, la reflexión, el disenso, el debate y la confrontación, con la condición de que sean siempre de argumentos y jamás personales.

En la Grecia arcaica el concepto adecuado era el de *póllemos,* que designa tanto al debate como a la guerra, la discusión y la dinámica misma que implica cambios. Verdad es el resultado del esfuerzo por cambiar las cosas de un estado anterior o de un estado prevalente, determinado. De esta suerte, verdad puede ser vista como la bisagra que cierra una puerta y al mismo tiempo abre otra.

En el debate inteligente, como aparece ya suficientemente con Sócrates, el humor y la ironía, el sarcasmo y la chispa están presentes, absolutamente. Verdad no es plana ni sosa, tampoco fofa y sin sabor. Por el contrario, está llena de aristas y puntas, de chispas y sabores, de matices, ambigüedades e incluso ambivalencias. Verdad exige todo lo mejor del espíritu y la inteligencia, y se alimenta o se vista de mordacidad, doble sentido, mucho humor y chispa (*geistig*).

Ahora bien, los mejores debates, indudablemente se dan entre amigos y colegas. Son los que suceden, en efecto, alrededor de una mesa, una buena comida, un ambiente agradable y alguna que otra bebida. La inteligencia se agudiza, el espíritu se hace más desenvuelto, la buena compañía gatilla al mismo tiempo a la memoria y al ingenio, y los buenos debates se abren sin ninguna medición del tiempo. Todo lo contrario son confrontaciones, y eso es algo diferente.

Las confrontaciones en los tribunales, las controversias en los medios de comunicación y en determinados programas especialmente diseñados para ello requieren otras herramientas, y generalmente lo que predomina en ellos es un sentido de pesantez y seriedad, y todo terminará en que deberá haber un ganador y alguien derrotado. No hay seguridad alguna que verdad acaezca, pues lo que importa es ante todo dejar callado al oponente y hacerle el juego al auditorio. Son programas para las audiencias y las galerías, y ulteriormente, para los anunciantes. Verdad no es el tema primero de la confrontación, sino la demostración de la propia habilidad, sagacidad e inteligencia. Y todo eso ya es otra cosa perfectamente distinta.

De hecho, toda la esfera del derecho no es, en absoluta dialogante, y mucho menos de debate. El derecho en general es eminentemente restrictivo y, en el límite, punitivo. Ni siquiera es el derecho el ámbito de la resolución de conflictos y problemas. Para esto último se requiere de la psicología o de la política, por ejemplo.

Verdad se alimenta del debate, pero las confrontaciones terminan por desplazar a verdad y acaso la debilitan. Verdad crece del encuentro, y no de la oposición y, ulteriormente, del combate y la guerra. Y sin embargo, debe ser posible señalar el problema de verdad en la confrontación, el combate o la guerra. Por ejemplo, el ocultamiento de verdad, o bien la instrumentalización de la misma, o incluso también el maltrato y las heridas que sufre verdad en los combates.

Mil veces se ha dicho –y esta es una ganancia de nuestra época y que vale retroactivamente para toda la historia de la humanidad-, que en las guerras y los conflictos armados la primera víctima siempre es verdad. Ya sea porque verdad es manipulada y ocultada, deformada y escondida para justificar la guerra, o bien porque, literalmente, cae víctima, ya sea de fuego amigo, como baja casual, o como un factor que se da de entrada por descontado. Desde este punto de vista, cabe reconocer que verdad apunta a una forma de vida y de pensamiento eminentemente antibelicista, antimilitarista, pacifista. Por esto mismo es en verdad difícil –particularmente en un mundo, una cultura y una historia acostumbrados a la vociferación, a las confrontaciones que buscan dejar callados a los otros ("tener la última palabra"), en fin, de tantos conflictos militares, armados. Abiertos y declarados o no; tácitos o cotidianos.

Verdad requiere mucha inteligencia, pero en absoluto sagacidad, astucia, habilidad, pericia, o capacidad de engaño, notablemente. Todo esto, por el contrario, constituye la atmósfera misma de apariencia. Verdad requiere mucha inteligencia, enorme sensibilidad e imaginación, pero ante todo de sabiduría. La búsqueda de verdad hace sabios a los seres humanos, tanto como la defensa de la misma.

El debate es al mismo tiempo el resultado de la inteligencia y un aliciente o encubadora de la misma. Los debates implican esa forma o estilo que Platón fuera el primero en subrayar: el diálogo, en la acepción más amplia pero profunda de la palabra. En muchas ocasiones, incluso, se trata del diálogo del alma consigo misma. Por consiguiente, la búsqueda de verdad implica un cierto sentido de buen gusto y una muy clara actitud y experiencia estéticas. Algo que es difícil de adquirir, pero que se logra, efectivamente, después de una larga o profunda experiencia.

De suerte que verdad no simplemente se la encuentra fortuita, empírica, desprevenidamente; aunque también. No se trata de andar por ahí por el mundo como buscando algo que puede hallarse a la vuelta de la esquina. Es en este sentido que verdad convoca al diálogo como al debate mismo, al dialogo como al *pollemos* que da abrigo a condiciones propicias para que verdad emerja.

Ahora bien, en honor a verdad, el verdadero diálogo no se da con cualquiera. Aunque lo contrario sí es cierto, que un buen encuentro puede darse ocasionalmente, sin ninguna razón precisa. Si una parte de la filosofía moral contemporánea ha puesto de relieve que ambas partes de la conversación o de la interlocución deben poder considerarse como interlocutores válidos, un cierto principio de interés recíproco, o de buen espíritu desprevenido, o acaso también de sana curiosidad debe poder operar o permitir o gatillar el debate.

El debate consiste en un enriquecimiento recíproco por parte de quienes participan en él. No en la conversación banal del día a día –eso que muy adecuadamente en inglés se designan como *small talk*-. La conversación vacía, esa que acaso consiste esencialmente en el contacto con el canal, como es conocido en lingüística. La conversación banal parte de la apariencia, pivota durante un tiempo en la búsqueda de lo *apseudós*, finalmente no se interesa por nada verdaderamente, y muchas veces puede permanecer ahí, sin avanzar grandemente. Por las razones que sea: acaso porque no hay tiempo, porque no hay interés, y demás. La conversación vacía es fácil, y no requiere ni de sensibilidad ni de mucha inteligencia; solo dejarse llevar por el lenguajear, y el emocionar.

Por el contrario, el debate sincero, inteligente, sensible requiere de tiempo. A ello apuntaba la idea del banquete (ágape). O más exactamente, se trata de reconocer que el ocio (*scholé, loisir, leisure*) es la condición misma de la vida del filósofo, del buscador y el cuidador de verdad, en fin, del ser humano verdaderamente libre. La libertad es la condición misma de ese tipo de existencia. Y el ocio es una expresión de una vida saludable.

Hoy en día, y desde hace ya un tiempo, vivimos un mundo de hipocresía en el que se va imponiendo la apariencia., el acomodamiento y el facilismo y se desplaza a la inteligencia y a la vida. Se trata de un mundo en el que, al cabo, han llegado a imponerse los acuerdos, los pactos, los tratados, los consensos, las negociaciones y demás – a la espera del momento oportuno para el ataque siguiente, o bien a la espera de la desaparición o muerte del adversario.

No cabe duda que puede haber una buena intención tras toda la ingeniería social –política, jurídica y otras- de pactos, negociaciones, acuerdos y tratados. Esta ingeniería es el resultado del proceso mediante el cual el derecho, principalmente el derecho penal hoy, y ayer el derecho civil, pasó a ocupar el papel protagónico de la vida social. O bien como justificación de estados de hecho, o bien como anticipación a eventuales estados de hecho.

Verdad ha llegado a ser apaciguada, domada incluso, encerrada y relegada a lugares secundarios de control. Pues lo cierto es que verdad siempre ha sido incómoda, y sin pesimismos, ha constituido la excepción –una notable excepción- en la historia de Occidente. Verdad es y ha sido siempre políticamente incorrecta. El debate (*pollemos*) ha dado lugar a los acuerdos, pactos y tratados, y así, es el cálculo lo que ha venido a predominar, desplazando así también a la razón (= razonamiento), a la trastienda del mundo. Exactamente en este sentido, a los seres humanos se les pide sentido de pertenencia, fidelidad y lealtad a las instituciones, y se castiga, de diversa maneras, pero todas muy drásticas, la independencia, la autonomía, el criterio propio. Al final del día, ha llegado a imperar la moral de las mafias. En un mundo que, en apariencia, las combate y las elimina, presuntamente.

Verdad no es hija de acuerdos, pactos, tratados e ingeniería social. Verdad es el resultado de la inteligencia dialogante, y el diálogo implica debate a la manera socrática de la

experiencia. Sin ambages, el reconocimiento de que sabemos poco, demasiado poco de las cosas y que debemos siempre guiarnos por la prudencia antes de juzgar; y en la medida de lo posible, abstenernos del juicio. Pero siempre, la crítica a los lugares comunes, los saberes circulantes, todas esas cosas que habitualmente van de suyo. Pues en la base de todas ellas lo que prima es el adoctrinamiento y el control de los seres humanos.

La epojé siempre ha sido buen signo de sabiduría.

Verdad emerge del diálogo entre amigos, e incluido entre oponentes, pero que disfrutan del ocio y la inteligencia. Hay que creerle a la gente; en este caso a Sócrates, así sea el que Platón nos presenta. Verdad es un asunto de la mayor sensibilidad e importancia, como para dejárselo a gente interesada en opacar la inteligencia, en desplazar a la vida, en imponer lugares comunes y el sentido común.

Cierto: Sócrates odiaba la democracia, pero es porque en su época como en la nuestra, la democracia se funda en el sentido común, en los lugares comunes, en el pequeño diálogo (*small talk*) y en el facilismo, la eficiencia y la eficacia. Todos los regímenes verticales siempre ha sido partidarios del sentido común y han sido reacios de lo que signifique independencia, autonomía y criterio propio; Los regímenes verticales existen de múltiples maneras: como el dominio de las armas y los regímenes policivos; como el control del público y la obligatoriedad de la confesión como mecanismo de control social e individual; en fin, como el imperio de los grandes medios de comunicación y la importancia de los formadores de opinión pública. Esos regímenes han sospechado en unas ocasiones el arte, otras veces de la filosofía y las humanidades; muchas veces de la ciencia y particularmente de la investigación básica.

En todos los casos, los regímenes verticales han resaltado siempre el adoctrinamiento, la disciplina, la obediencia y, por tanto, la ausencia de cuestionamiento; en dos palabras, la pasividad y la sumisión. Nada más lejos de verdad.

El debate inteligente, en contraste, se alimenta de ironía y sarcasmo, de risas y buen humor, de chispa, apuntes, implícitos, ambigüedades, ambivalencias, agilidad mental, velocidad en la reacción, buen criterio, mucho conocimiento, seso, y mucha inteligencia, además de cultura y erudición. Verdad nace en estas condiciones y en estas condiciones vive y se agita en medio de un mundo soso, falso, mentiroso y acomodaticio – justamente eso: de apariencias y medias-verdades.

Ahora bien, la agudeza del filósofo estriba en distinguir permanente lo que el sofista obliga a asimilar como equivalente o como igual sin importancia. Puede decirse que la filosofía consiste en el arte de distinguir (*horismós*) conceptos, planos y contextos. El sofista es una lengua rápida y muchas veces viperina, es el reino de la astucia, la sagacidad, la malicia y la argucia, en marcado contraste con la inteligencia. La inteligencia en muchas ocasiones debe confesar que ignora, pero ello no implica quedar en silencio y guardar mutismo en el debate. La inteligencia puede reconocer que hay información

que falta, datos que no se pueden verificar, cosas que no cabe generalizar, por ejemplo. Y precisamente por ello, el filósofo es un auténtico guerrero. No porque se bata a cada instante, sino porque sabe en qué momento combatir y en cuál debe abstenerse de hacerlo.

El filósofo actúa a la manera de los maestros de *haiki-do, jiujit-su*, karate o kung-fu, por ejemplo. Es decir, no ataca a su oponente, sino, usa la fuerza del propio contrincante en contra suya. (Entre paréntesis, sin olvidar que, verosímilmente, el gran maestro es siempre, ulteriormente, el que domina el tai-chi). El filósofo nunca se opone a nada, muestra la apariencia y la falsedad de las cosas, y de la gente que se pliega a ellas.

En este sentido, si bien hay muchos casos en la historia que contradicen lo que afirmo a continuación, el filósofo es enemigo de los poderes y las autoridades, es decir, de agachar la cabeza, guardar silencio ante la infamia y la injusticia, de cualquier ocultamiento de verdad, por más sutil o conveniente a corto plazo que parezca. No que el filósofo no sepa vivir con los poderosos; todo lo contrario, viviendo allí donde puede o debe, ejerce la función de la conciencia lúcida, de la voz reflexiva, la forma de existencia que encarna la independencia y la autonomía, en fin, la fortaleza de los sin voz, los invisibles, los marginados, los enfermos, los pobres, los excluidos, los que sufren, los intocables, los invisibles – todos los cuales, en una forma u otra, son siempre la mayoría. Esta es la subversión del filósofo y de la filosofía

EL OCIO COMO PROBLEMA

Existen muchos tipos de seres humanos en el mundo: gente trabajadora, gente buena, gente dispuesta a ayudar a los demás sin retribución alguna, gente que hace deporte y ejercicio; están los que cumplen sus tareas diligentemente, están los que se esfuerzan en lo que hacen, están también los abnegados – en fin los hay de muchas clases. Pero lo que menos hay en el mundo en general es gente libre; esto es, gente independiente, gente con criterio propio, gente que ejerza efectivamente su autonomía. Acaso precisamente por ello, la mayoría no se preocupa en absoluto por verdad, y no hace de ella un asunto agónico; lo dicho, si se encuentran con verdad, si alguien dice verdad, en fin si las cosas mismas no son simples apariencias, nada de ello tiene un sentido de experiencia límite.

La libertad verdadera y el ocio se implican recíproca y necesariamente. Sólo que en un mundo productivista, efectista, de crecimiento y demanda de desarrollo en todos los niveles, en un mundo sistémicamente controlado, por ejemplo, el ocio suena a algo menos que una excentricidad. El ocio es el tiempo que no tiene tiempo, que se asimila al *kairós*, pero que hace de sí mismo su principio y su final. El ocio es un largo instante, el momento del deleite y la sabiduría al mismo tiempo.

El ocio es el disfrute del tiempo que no le debe nada a nadie, el tiempo en el que no existen las deudas de ningún tipo, los compromisos que implican heteronomía, en fin, donde no tienen cabida las cosas-que-toca-hacer-porque – hay planes, objetivos, metas, tareas, estrategias. Notablemente.

El ocio no es el simple y llanamente el tiempo libre; por el contrario, implica una relación radicalmente más distinta que nos acerca grandemente a la experiencia misma de lo sublime. No se trata, por ejemplo, del tiempo de las vacaciones, ni tampoco del tiempo del descanso. El ocio puede asimilarse a una experiencia de yerro, ya sea física o mental, en la que vagabundeamos por algún espacio sin saber del mismo, simplemente nos dejamos ir en la experiencia misma, y erramos libremente, como en medio de la nada – una nada que es plenitud, encuentro, realización misma.

Verdad acaece en alguna de las cuadrillas de ese espacio del ocio, si cabe la expresión. Verdad no puede ser cosechada en aquellos espacios que implican estrategia en toda la línea de la palabra, cualquier que sea su expresión y forma. La razón es elemental: verdad es una sola y misma cosa con libertad, autonomía e independencia. Verdad es la libertad con respecto a cualquier clase de ataduras.

El mundo actual no conoce del ocio, y ciertamente no como una experiencia común o social. A lo sumo, en algunos casos, el ocio es una experiencia preferencialmente individual. Existe toda una estrategia, sutil y velada tanto como abierta y oficial para desvirtuar cualquier posibilidad de ocio, pues es sabido que el ocio se acompaña de espíritu crítico, de cuestionamiento, de interpelación, en fin, incluso en últimas, de llamados a una acción colectiva.

El ocio contemporáneo se identifica con vacaciones, tiempo libre, y negativamente, como ausencia o distancia del trabajo; esto es, de las obligaciones de cualquier tipo. Desde luego que las vacaciones y demás no están mal; pero esa es exactamente una experiencia de *apseudós*, y no aún de *aletheia*. El filósofo, como el sabio mismo, está envuelto en un aurea de libertad. Esa libertad es exactamente el ocio.

De esta suerte, si bien el punto de partida para la búsqueda de verdad es el mundo, el resultado de encontrar verdad es de una radicalidad sin igual: se trata de la ganancia del ocio, lo cual, en absoluto, debe ser entendido como un desinterés, apatía e indolencia con el mundo mismo. Todo lo contrario.

Esa forma de experiencia que es compromiso con un cambio radical del mundo y de las cosas en la búsqueda de horizontes mejores, de más calidad y dignidad de la vida es una libertad comprometida, una libertad que se debe al mundo como a los otros, a la vida como a sí mismo, por parte de quien busca verdad y hace de este un asunto propio. Verdad, en pocas palabras, no sabe de status quo.

El ocio, en otras palabras, no es autorreferencial, y no hace de sí mismo un fin sin más. Ocio es ese tiempo sin tiempo, y ese espacio sin espacio de donde, sin embargo, brotan significante y significado. El ocio es el instante que carece de profundidad y dimensión, y del cual, no obstante, encuentran sus raíces las acciones más radicales y las decisiones más libres de la existencia.

El ocio es el encuentro de la vida consigo misma.

La búsqueda de verdad es un cierto proceso en el que erramos, andamos sin destino preciso, con un conocimiento general del mapa, en el mejor de los casos, pero desconociendo los caminos, los vericuetos, los rincones locales. Erramos porque disponemos de ocio, aun con el reconocimiento de que sabemos qué queremos, aunque no de manera exacta, en sus detalles. No andamos con brújula cierta, y los pertrechos son apenas los necesarios.

En otras palabras, no andamos como quien anda en plan de negocios, por ejemplo como los gestores o los administradores – que, por lo general, nada saben de verdad. En algunos casos porque ya la poseen y la representan. Y en otras ocasiones porque no les interesa para nada. *Pseudá*.

El ocio es el modo más auténtico de la libertad, y sólo seres libres pueden buscar verdad – sólo seres libres saben efectivamente de qué se trata a propósito de verdad. Los gestores, los economistas, los financieros y los administradores generalmente nada saben de libertad, y en muchas ocasiones constituyen la antípoda de libertad. Dicho de manera rápida lo que a ellos les interesa es el crecimiento, el desarrollo, la competitividad, el control, y siempre la imagen (corporativa) (= la apariencia) – en fin, la institucionalidad. Sobre todo, para rescatar la expresión de un amigo, ellos son los policías del alma, y los administradores del alma. No hay nadie menos libre en las cárceles y prisiones que los guardianes de las mismas. Pues han perdido la capacidad incluso se imaginar la libertad y de imaginar las formas de huir y escapar de los controles y el miedo. No se atreven a subvertir el orden en búsqueda de la libertad. No sueñan, no imaginan, ni siquiera complotan.

En las prisiones los guardias permanecen en sus puestos de vigilancia, mientras que los prisioneros erran una y otra vez en búsqueda de la libertad posible. Cuando no han perdido la capacidad de imaginar.

Así, el ocio consiste en un ejercicio de la imaginación consigo misma, y que incluso, muchas veces, no siempre es consciente de sí misma. La reflexividad no siempre es la mejor compañía del ocio. Por el contrario, el ocio consiste en la negación experiencial del tiempo y del espacio, de los compromisos y las obligaciones como de la heteronomía.

Son muy pocos, hoy por hoy, los seres humanos que verdaderamente disponen de ocio. La mayoría, en el mejor de los casos, tan solo disponen de tiempo libre (*Freizeit*), o de vacaciones, esto es, ausencia temporal del trabajo o el estudio, y en cualquier caso, de las tareas. La conquista del ocio puede ser asimilada a la chispa que revela que verdad es un problema, y que es, en efecto, el más singular y fundamental de los problemas. Ese problema que descubre horizontes, que inaugura espacios nuevos, que vislumbra tiempos inopinados e inauditos.

Quien disfruta del ocio es aquella persona que ha alcanzado un nivel sensible de autonomía e independencia y que puede saber que tiene o es capaz de criterio propio. El criterio propio, esa capacidad para relativizar las cosas, para descubrir nuevas perspectivas, para escuchar sonidos nunca antes experienciados, en fin, para vislumbrar matices, gradientes, formas y fenómenos antes desconocidos e inimaginados.

VERDAD COMO PROCESO

El filósofo define su vida en torno a la búsqueda, y paradójicamente, aunque no termine de encontrarla, también en la defensa de “verdad”. Verdad no es para el filósofo un objeto de búsqueda o un objeto de trabajo. Mucho mejor aún, se trata de un problema. En realidad del más difícil de todos los problemas en el mundo y en la vida, a saber: distinguir aquello que es efectivamente susceptible de verdad, de aquello que no lo es, y que por tanto es sólo apariencia. En la vida diaria, se trata, por ejemplo, de distinguir quién ama verdaderamente a quién, y quién solamente pretende o aparenta amar a (la) otra persona; cuál es una buena comida, y cuál no lo es y puede ser nociva o peligrosa; quién es el verdadero amigo, y quién solo aparenta serlo; qué información es valedera y cuál es construida y artificiosa; en fin, por ejemplo, cuál es un político auténtico, y cuál sólo semeja serlo para ganarse el favor de los ciudadanos.

Ahora bien, verdad se dice de múltiples y maneras, y ciertamente no termina de decirse de una manera mejor que de otra. El filósofo busca verdad a partir de distintas motivaciones; así, por ejemplo, porque la intuye o la adivina; o bien porque alguna vez la conoció y nunca más volvió a encontrarla; o bien porque es la búsqueda de algo que nunca ha conocido, pero presiente que es significativa. Los casos pueden multiplicarse sin dificultad. No es indispensable por tanto haber conocido o experienciado verdad para amarla y buscarla, para defenderla y protegerla.

La enorme dificultad estriba en el hecho de que no hay una única verdad, sino múltiples y diversas. O bien, lo que es equivalente, se trata del reconocimiento de que verdad, como la naturaleza misma, ama expresarse y ocultarse al mismo tiempo, se asoma y no termina de manifestarse, sugiere pero no dice, en fin, la encontramos pero no siempre la sabemos. Sin embargo, no se trata de entender aquí el manifestarse de verdad a la manera fenomenológica o kantiana que apuntaría ulteriormente a una esencia que subyace al fenómeno. Por el contrario, mucho mejor, se trata de entender que verdad no termina de expresarse exactamente en la forma que en que la corriente de un río no termina de llegar, pues está siempre transcurriendo y no termina de correr el río, o bien, a la manera de las olas del mar que llegan a la orilla, pues el mar llega a su borde pero no termina, en absoluto de afirmar un límite. La naturaleza es manifestación como el viento que no termina de llegar al bosque o al rostro de cada quien, pues es un incesante movimiento que llega, pasa, no termina de llegar y aún está por venir. Se anuncia permanentemente pero no deja de expresarse finalmente. Verdad es la historia misma de la vida.

Como se aprecia, esta idea se encuentra lejos del relativismo y del eclecticismo. La pluralidad y la diversidad de verdad no significan, en manera alguna, que cualquier verdad dé lo mismo. Justamente, en ello consiste el problema de verdad.

Verdad es un movimiento asintótico que coincide con la vida misma, hemos dicho. Esto es, verdad no es susceptible de ser comprimida (= compresibilidad), y es, en toda la línea de la palabra, un problema intratable. Esto es, no puede agotarse en una fórmula, por definición única. Verdad no es, en absoluto un estado (por ejemplo un estado de posesión de la misma); es un proceso. Siddharta Gautama alcanzó la iluminación por primera vez hacia los treinta años, pero nunca después dejó de experimentar esa iluminación hasta que falleció muchas décadas después. La iluminación, si cabe, es un proceso.

El movimiento asintótico de verdad es a la manera de una máquina de Turing. Es decir, el "programa" se lo entiende a medida que corre el programa, y a cada paso se entiende una etapa, y no existe una fórmula (mágica, acaso) que permita comprimir verdad. No existe por tanto ni es posible una verdad a priori; verdad es una experiencia, y ninguna experiencia es singular y se dice de una sola y única manera. La inteligencia del filósofo consiste justamente en traducir las múltiples experiencias y lenguajes –lenguajes, idiomas, jergas y lenguas-, a otros, tanto como sea posible.

Verdad no es inefable, en absoluto, pero no termina de decirse de una única manera. Se dice de múltiples maneras, y cada una no termina de agotar otras formas reales o posibles de experienciar verdad. El filósofo es un traductor de experiencias, decires, y expresiones de la multiplicidad – lo que significa riqueza, de verdad.

La búsqueda de verdad hace del filósofo un ser libre – ya sea porque se ha liberado del reino de la apariencia, o bien porque anda en movimiento a la búsqueda de verdad, acaso con el presentimiento de que su encuentro lo transformará radicalmente. Peor lo cierto es que ya la búsqueda, el proceso lo ha cambiado radicalmente. Nadie queda impune de la experiencia de verdad, y nadie sigue siendo la misma persona una vez que ha encontrado (alguna forma de) verdad.

La inmensa mayoría de la gente, hoy por hoy, no sabe de libertad. Como con acierto lo viera Nietzsche, viven en una moral de gregarios. O la masa, aquella de da fuerza, al decir de Canetti. Esa sensación de la muchedumbre de sentir la fuerza de pertenecer a algo grande: un evento deportivo, un acontecimiento social, una empresa, la policía o el ejército, por ejemplo.

Eso: los grandes espectáculos, el fútbol, los ejércitos, las iglesias, y demás, confieren una energía propia de un sentimiento de pertenencia y de espíritu gregario. Para esta clase de gente vivir en esas fuerzas o energías es algo mayor que vivir simplemente aislado o en términos individuales. El individuo es el grupo – o la empresa, o la iglesia, o la corporación, y así sucesivamente. Entonces interiorizan las normas, interiorizan las reglas, la misión, la visión, los objetivos, el himno, la bandera. La fuerza grande el (neo)institucionalismo estriba en su trabajo sobre el cerebro reptiliano y sobre el sistema límbico.

Existe toda una ingeniería social para destacar y reforzar el sentido de pertenencia de un individuo a un grupo, empresa o institución. No en última instancia, se trata de una ritualización del trabajo y de la institución misma; entre ésta, por ejemplo, el mito del origen, que se cuenta una y otra vez. Consiguientemente, por lo menos de manera tácita, todo se trata de una invitación a no buscar verdad; más bien, a ajustarse a las normas del grupo, a los criterios del grupo, a las acciones del grupo. La gente ha terminado por perder cualquier sentido de criterio propio.

En este sentido, hay que decir que la Ilustración –*¡sapere aude!*- jamás se cumplió epocal o socialmente. Si bien hubo y ha habido individuos ilustrados. Hablando en términos kantianos la inmensa mayoría de la gente permanece en la minoría de edad, y otros deciden por ellos: sus jefes, las instituciones, los medios de comunicación, las fuerzas de seguridad del estado, etc.

En efecto, la inmensa mayoría de la gente piensa como piensan los otros, actúan como actúan los otros –mímesis, contagio-, deciden lo que deciden los otros, y la verdad es que los otros no piensan nada o casi nada. La inercia los define y los arrastra, la inercia los moldea y termina por acabarlos también. La inercia, ese concepto propio de la mecánica cl{asica cuya contra parte es la noción de masa y de fuerza.

La ausencia de libertad es tanto como la vida en la apariencia, o también el alejamiento o la ignorancia de vivir en verdad.

Pues resulta cómodo vivir en la apariencia, vivir de esa forma no implica ningún esfuerzo, y las cosas son fáciles, en cualquier acepción de la palabra. Un eufemismo para vivir en la apariencia es un cierto sentido de la “diplomacia”, en el que hay que saber decir las cosas, no mentir, pero sobre todo no decir toda la verdad – de lo que se piensa, se siente, y demás. Pues lo cierto es que verdad implica una radicalidad sin igual.

Las personas efectivamente libres dicen verdad, y no dicen medias verdades o mentiras bancas, como se dice. Sólo que, en ocasiones, la prudencia los acompaña. Por ello mismo, alguien efectivamente libre dice lo que piensa, desvela que el rey va desnudo aunque anteriormente jamás nadie lo viera así, como el niño de la historia, y dice verdad por incómoda que pueda ser. Un ser libre no conoce el miedo, y dice verdad como mostrando las cosas como efectivamente son o se aparecen, y no como las conveniencias quisieran hacerlas aparecer – por temor, o por cualquier otra razón.

El mal siempre se ha alimentado del miedo de las personas; en cualquier escenario o circunstancia.

Cuando la ven, las personas prefieren no decir verdad, optan por guardar silencio, o desviar las cosas tanto como sea posible; ante sus jefes, ante las autoridades, por conveniencia, o por necesidad de supervivencia. Como si vivir en la apariencia fuera una auténtica forma de vida. Sin ambages, vivir en la apariencia es la más inferior de todas las formas de vida, muy debajo de los animales, las plantas, las bacterias o los virus.

Pues en la naturaleza la apariencia no existe, y cuando aparece es sólo una estrategia de supervivencia provisional (como los camaleones o el camuflaje). La naturaleza sabe de verdad, de la misma manera que sabe de belleza.

Hace falta valor para ver verdad, y para decirla.

El proceso de verdad requiere fortaleza para el viaje, preparación incluso, tanta como sea posible, para la jornada. Se trata de un movimiento que pudo haber tenido un punto de partida, pero cuyo destino final permanece abierto e incierto. Verdad es el movimiento mismo de la naturaleza, es semejante al clima, siempre variable, es como los altibajos de la existencia, como la geografía del paisaje, en fin, como la geología de la tierra que pisamos, y la que está debajo nuestro.

Verdad es un movimiento que por momento carece de asideros; como en los barcos, lo mejor que debemos hacer es mantener la nave a flote y evitar que haga agua. Llegar a puerto seguro para después zarpar nuevamente. En un plano determinado, verdad es como la investigación misma, cuando es sincera y libre.

Hay, recientemente, una moda, por así llamarla, pero que es en realidad un síntoma serio, que hay que atender con cuidado. La moda es el término de “postverdad”, pero el síntoma es dúplice, así: de una parte se trata de la estrategización, y por consiguiente, la manipulación de verdad, a fin de confundir a la sociedad y, en el marco de un mundo alta y crecientemente interconectado, al mundo entero. En consecuencia, verdad es manipulada y manejada al antojo de los grandes poderes e intereses dominantes. Esta situación, en realidad, no es históricamente, novedosa. El escándalo es que esta situación tiene lugar en el marco de una sociedad altamente integrada: el mundo diferente de suma cero actual.

Pero, de otra parte, es el hecho mismo de que, acaso justamente motivada por la idea inmediatamente anterior, la gente en general anda descreída. En el mundo actual, los niveles de creencia, esto es, de confianza, de confiabilidad, o también de veracidad, son bajos. Sin hacer estudios estadísticos o de caso, jamás la humanidad había estado tan descreída como hoy en día. Difícilmente la gente cree en el presente inmediato, y no apuesta mucho o nada por el futuro. Y espacialmente, cree en su entorno inmediato, y no siempre en un %100. Ya nadie cree, seriamente en nada. Cuya contraparte es el fanatismo, que es exactamente lo mismo a no creer mucho en nada.

Digámoslo de manera franca: nadie puede dedicarse a buscar verdad, nadie puede intentar llevar una vida en verdad si no cree que verdad es un asunto de la mayor importancia, y si en general no cree en horizontes, en posibilidades, en mañanas y en cambios. Y sin embargo, no se trata aquí de una creencia como fundamento de la razón, y tampoco como la consecuencia del ejercicio de la razón. Se trata del hecho básico que reconoce que los seres humanos y la existencia forman parte de un proceso inmensamente más amplio, profundo y rico que puede expresarse como la realidad del universo mismo y, acaso, como la posibilidad de la existencia de otros universos al lado, o cruzados, o próximos a éste.

Verdad es como ese proceso que se alimenta de las ilusiones y los sueños, como sucede con los niños.

Somos parte de energías inmensamente más amplias y ricas, y parte, asimismo de procesos y procesamientos de información que comienzan en algún punto antes de nosotros, que nos atraviesan y terminan a su vez en algún lugar después de nosotros. Manifiestamente que somos materia, la misma materia de que está hecho el universo, y sin embargo, no terminamos de saber exactamente qué es la materia que constituye a la realidad entera y a nosotros mismos.

Creer que el universo vive en nosotros, en toda la extensión de la palabra, de la misma manera como nosotros mismos somos una expresión del universo que nos constituye y al que no terminamos de dotar y de descubrirle sentido. La apasionante aventura de la existencia y del espíritu humano.

Verdad es el proceso mismo de la inmanencia, exactamente como es el caso de la salud, o de la belleza.

VERDAD Y FUERZA DE LA VIDA

Hay verdades terribles, y la mayoría de las personas no aceptan las consecuencias de verla o encontrase con ella. Verdad enceguece en muchas ocasiones, exactamente como un fuerte halo de luz, o como energía de alta intensidad. Jamás seremos los mismos después de haber experienciado verdad. Hay verdades que desgarran el alma, que rompen el corazón, que destrozan vidas. Y no siempre estamos preparados para ellas. Verdad alimenta la vida, pero es igualmente cierto que también a veces la debilita. Verdad requiere una fuerza de vida.

Sin embargo al mismo tiempo, verdad es bastante más, y muy diferente, a ver las cosas suceder inevitablemente y no poder hacer nada, o no hacer nada, en absoluto. Verdad exige una extraña fuerza de la vida.

Nietzsche hablaba, con total justificación, acerca de la voluntad de vivir –justamente como, y por encima de, la propia voluntad de verdad-. Verdad no se presenta sin más ante todos y cada uno, pues no todos están igualmente preparados para la fuerza, por así decirlo, de (que requiere) verdad. (“Fuerza” es aquí, como en la física de punta, una metáfora, no un concepto). Verdad se presenta para quienes están preparados ante ella, y el filósofo contribuye a que las gentes estén preparadas, en la medida de lo posible, hacia verdad. Esta es justamente la misión del filósofo.

Preparar a las personas ante verdad exige muchas cosas, y entre ellas, la capacidad de pensar siempre, ante todo, en posibilidades, no ya única y principalmente en realidades. Pensar bien significa pensar en todas las posibilidades. No porque todas las posibilidades pueden cumplirse, sino debido a que cualquier posibilidad puede llevarse a cabo.

Verdad requiere de gente fuerte, pero, lo que es equivalente, gente fundamentalmente buena, y con un altísimo grado de inocencia. “Sólo quienes esperan lo inesperado hallarán”, sostenía el Oscuro de Éfeso. Sabía de qué hablaba. La fuerza de la vida no es distinta a la inocencia ante el mundo y la naturaleza. Inocencia va por el mundo protegida por verdad, y verdad es la mejor arma de protección de bondad e ingenuidad. O, lo que es equivalente, se trata de la fuerza misma que es la bondad de la existencia, esa cantidad de gente buena, “allá afuera”, cuya fortaleza estriba justamente en la ayuda desinteresada, en la respuesta sincera, en el favor que no espera nada, en fin, en la capacidad del don (*donner*), cuya gratuidad implica una fuerza como no hay otra igual. Inocencia no es sino el nombre que le damos a tener un corazón puro, una mirada pura, una sonrisa fresca.

Se trata de todos aquellos que dan sin esperar retribución alguna; el desinterés total.

En efecto, sólo la gente buena da sin esperar recompensa, y dice verdad incluso sin medir consecuencias. Como los niños; o los ancianos, por ejemplo. Pero, asimismo, la gente verdaderamente buena ve venir verdad como quien observa el movimiento de los mares, o el vuelo de los pájaros y los bailes de las nubes, que se oscurecen unas veces o se aclaran y se despejan en otras. Los corazones buenos no esperan la maldad, pero cuando un infortunio sucede sacan siempre buenas cosas de él. En algo semejante consiste la fuerza de la vida – eso: ante, por ejemplo, verdades terribles.

Un corazón bueno puede aprender la perversidad o la tragedia, pero no se queda en ella.

La fuerza de la vida es un estado, si cabe decirlo de esta manera, que viene del fondo mismo de la existencia, de ningún lugar especial, que se expresa en el rostro y en el cuerpo, y que proyecta luz, seguridad y tranquilidad alrededor. Podemos trabajar sobre esta fuerza del vivir y alimentarla, incrementarla. En esto consiste acaso la única tarea de la existencia, a saber: en combatir tantas fuentes y formas distintas y plurales de erosionar la voluntad de vivir, de introducir desasosiego y pesimismo, de acabar con el optimismo y las ganas de la vida. No hay tarea más digna de la existencia que la de sembrar el mundo de posibilidades y de esperanzas, de ganas y de futuros – tantos y tan inimaginables como quepa admitirlo. Particularmente en tiempos en los que parece reinar la desesperanza, cuando la inactividad se convierte en forma de vida generalizada, cuando cada quien tan sólo atiende sus pequeños asuntos, sin más, y cada quien atiende tan sólo su jardín.

La muerte no constituye ninguna alternativa; en el mejor de los casos, es tan solo el aplazamiento de las alternativas. O su puesta entre paréntesis, acaso por un tiempo indefinido. La vida buena no sabe de la muerte, y la muerte es tan sólo un fotograma de una película más amplia y rica. La vida produce, si se puede decirlo así, muerte a fin de que la vida misma se haga posible y cada vez más posible. Desde la biología (reloj biológico, senescencia), hasta la cultura y la historia.

Se trata de no claudicar en la vida, por negro que sea el horizonte, por profundo que parezca el abismo. Los nuestros, quienes verdaderamente nos aman, constituyen acaso el mejor "colchón" de soporte, pero cada quien debe hacer lo mejor de sí mismo para evitar claudicar y sostenerse en ese deleite de la batalla por la vida.

No perder jamás la alegría de vivir, que es como decir la salud misma, el cuidado de verdad.

Unos combaten inercialmente, otros más con ilusiones, sueños y esperanzas, otros más con un resorte social importante –amigos, vecinos, familia, miembros de su comunidad (la que sea)-, y hay quienes combaten incluso con *hybris* y locura, con desenfreno y con conciencia de que "no hay nada que perder", pues quien pierde la vida lo pierde todo. Quienes nada tienen que perder es porque han logrado relativizar el resto del mundo

frente al valor absoluto de la vida. Eso: ab-soluto, que no-se-disuelve ni-se-divide-a-partir-de-ninguna-otra-cosa. Y entonces se entregan a la batalla de la vida como ante un juego, y los juegos nos entretienen de las tragedias de la vida.

Pero hoy hay tan pocos los que saben de la *hybris*, y tan pocos que aprovechan su(s) locura(s) como una fuente de vida – y entonces de creatividad y acción. La *hybris*, esa experiencia que es más, bastante más y muy diferente, por lo demás, a la (simple) pasión y al *pathos*. A diferencia de la Grecia arcaica, la experiencia de la *hybris* parece ser hoy por hoy una experiencia muy difícil social o culturalmente hablando. Pero sí es posible individualmente. Al fin y al cabo el mundo cambia cuando un individuo comparte sus ideas y experiencias con otros, con todos. Entonces se introducen dinámicas de largo alcance en el mundo.

La *hybris* es uno de los nombres de la fuerza de la vida y de la voluntad de vivir, y la *hybris* es la experiencia misma de verdad. *¿Hybris?* La desmesura humana. La desmesura, ante una historia que repite incansablemente prudencia y templanza, medida y responsabilidad, como actitudes conservadores negadoras por tanto de la fuerza del vivir. Acción ante la inercia y la pasividad, ante la indolencia y la permisividad, en fin, ante el miedo y la parálisis. La *hybris* es pulsión de vida, en contraste con la depresión, la inacción o la parálisis. La *hybris* no sabe de límites, y lo único que carece de limites es la vida misma.

La vida nos quiere fuertes, guerreros, sostenía en algún momento Nietzsche, una de las más lúcidas conciencias acerca del nihilismo, la transvaloración de todos los valores, el pesimismo y la crisis. Nietzsche que se debatía contra el destino circundante y contra su propio destino. Consciente del nihilismo tanto como de su propia locura sobreviniente, Nietzsche se aferra al arte, a la estética o a la fuerza de la vida. Y logra sobreponerse sobre la fatalidad y la historia. Debatirse contra la historia y cambiarla: la suya propia, y la historia social o general que circunda a la existencia y trata de determinarla.

Al fin y al cabo, batirse contra la historia es la expresión contemporánea y laica de la idea misma de batirse contra el destino y la fatalidad. Vencer lo inevitable y crear el mundo y la vida a partir de la nada. Esta es la fuerza de la vida que es una sola y misma cosa con la creatividad, la innovación, la originalidad y el genio. El genio, ese concepto hoy desueto propio del Romanticismo, cuando una parte de la humanidad soñaba y se lanzaba a tratar de hacer posibles sus sueños: escritores y poetas, políticos y filósofos, militares y científicos, por ejemplo. Uno de los pocos momentos en la historia de la humanidad cuando la humanidad ha soñado y pensado en grande, y se lanza a la conquista de lo imposible.

Pero lo cierto es que la vida también demanda una noción de cuidado, de compasión y de siembra. La búsqueda de verdad es semejante a la siembra: verdad no se construye, se siembra, y entonces el tiempo no depende de nosotros, sino, por el contrario, debemos aprender a esperar; cuidamos el sembrado, regamos la planta, cuidamos que el sol y el clima sean favorables, y si no lo son, cuidamos de la planta tanto como sea posible.

Sembrar y ver crecer, a su propio ritmo, la planta. En contraste con los seres humanos, las plantas saben esperar el tiempo propicio, todo el largo instante que sea necesario. Cuidar los primeros retoños que brotan, actuar y esperar al mismo tiempo a que crezca, y entonces, al final, ocasionalmente, cosechar.

Y si no somos nosotros quienes cosechamos, siempre habrá una cosecha, en unas ocasiones empujada por los vientos, y en otras, aprovechadas por otras manos.

Sembrar demanda, así, una actitud perfectamente distinta a la del combate y la guerra. Se trata del cuidado, de la atención, del desarrollo de un sentimiento de protección, en fin, alejar las plagas y los peligros, y cuidar el sembrado como de un hijo propio, pues el sembrado brota de las entrañas – de la tierra. Y el tiempo de la tierra no es precisamente el mismo tiempo que el de los seres humanos.

La fuerza de la vida, la fuerza de los sueños y de nuestras más profundas ilusiones y convicciones. Cuando la gente cree, entonces lo imposible puede hacerse posible y real, ulteriormente. Pero esa confianza profunda no encuentra un lugar exacto donde anidarse, y cuando es real, no anda por el mundo vociferando.

América Latina, particularmente gracias a las culturas indígenas y precolombinas, le ha enseñado a la humanidad, hoy en día, la idea misma de aprender a vivir bien y, por consiguiente, de saber vivir. El resto del mundo, víctima del productivismo, el desarrollismo y sus consecuencias nefastas sencillamente se olvidaron de (saber) vivir (bien). Algo tan elemental como la alegría de vivir (eso que con elegancia se dice como la *joie de vivre* – cuando Europa misma olvidó su pasado más reciente).

Sólo que hay que recordar que el saber vivir (bien) se logra justamente en medio de sociedades agrícolas, sociedades presuntamente subdesarrolladas, pero que no han operado el contacto con la tierra; y por tanto, no con el universo. La verdadera sabiduría siempre ha estado vinculada a la tierra y a la naturaleza.

Al fin y al cabo, hay que recordar que, particularmente hoy en día, las guerras son siempre planeadas, aunque irrumpan de las formas más inopinadas; que existen poderosos tanques de pensamiento alrededor del mundo, todos ellos centrados en estudios de riesgo, prospectiva, planeación y estrategia, y muchos anticipando guerras, posibles conflictos, evaluando consecuencias de ataques de diversa índole. Las corporaciones y los estados, los ejércitos y las maquinarias de guerra y producción responden todas a la misma lógica. Una lógica que sabe de espontaneidad pero que la relega a lugares secundarios para trabajar con tácticas y estrategias. La muerte, según parece, es una empresa de cálculo y de anticipación. O bien, de proyección del pasado y del presente. La muerte siempre ha sido y será determinista.

La fuerza del vivir no es, en absoluto, distinta, a saber vivir y a vivir bien, algo que se dice de forma mucho más compleja de lo que en realidad es. Vivir bien, una forma de vida que no sabe de fuerza alguna y que, por el contrario, se nutre de bonhomía, de autenticidad,

de saber vivir el momento y tener la sabiduría del instante y de una inmensa bondad, totalmente desinteresada, naturalmente. Saber vivir (bien) es la contracara de la idea misma de planeación, de planes y objetivos, de prospectiva y estrategia – todas estas, que son la negación misma de la vida. Todas ellas debilitan las fuerzas de la vida.

Saber vivir implica tanto como reconocer la importancia del instante, y disfrutarlo, hundirse en él como en el tiempo mismo, en ese tiempo que no tiene tiempo, ese tiempo que no sabe del tiempo. De donde, en realidad, se originan el pasado y el futuro, cuando se originan. El instante, el único y el mejor de todos los tiempos de la vida misma, allí donde se difuminan las angustias y los miedos, la flaqueza y la debilidad del espíritu. El instante, el tiempo mismo de verdad.

Por más trivial que parezca, reconocer el instante, vivir el instante no significa vivir cualquier momento. Es, por el contrario, el instante propicio, único por definición, ese que no se puede decir con precisión cuál es porque no cabe anticiparlo ni prepararlo, pero ante el cual, paradójicamente, debemos poder estar prestos; esto es, con los músculos tensos, o con la risa auténtica, o con la palabra precisa, según el caso, por ejemplo. La gran sabiduría del mundo permite ver el instante y prepararse ante él, como ante una dimensión de posibilidades, como a una inflexión en el decurso de las cosas, en fin, como una revelación (*flash, insight*) que arroja luces perfectamente desconocidas sobre las cosas, y nos transforma. Porque eso es el instante, una transformación de sí mismos por parte de quienes tienen la sensibilidad suficiente, la bondad necesaria, en fin, la inteligencia dispuesta para ver nuevas geografías, nuevos mundos y realidades.

Verdad vive muchas veces en el instante.

Hay miles de motivos para verdad, así como millones de motivos para vivir. Nunca una sola razón o un sólo motivo. Y manifiestamente nunca una sola justificación o un solo discurso Entre esos motivos están la ira, la rabia e incluso aunque muchos no pueden comprenderlo, la venganza. O el perdón y el olvido. Cuando se ha sufrido lo indecible. El dolor es también una fuerza para no dejarse hundir en la desesperanza y en la muerte. Sólo la poesía, una parte de la literatura y en algunas ocasiones la experiencia misma saben de esto.

La realidad consiste en subsumir la existencia a los hechos, y casi siempre los hechos son mudos. Basta con mostrarlos, y argumentar sobre ellos a veces es necio o redundante. Más bien, los hechos están para ser negados. Y es la fuerza de la vida la que niega los hechos. Esa fuerza de donde brotan las esperanza, los horizontes, los mañanas, los sueños y la *hybris* misma. Pues la desmesura humana, y con ella y más de ella, la desmesura misma de la vida estriba en no dejarse reducir a los hechos. En el lenguaje académico y científico esto se expresa de otra manera: la fuerza de la vida consiste en negar la física. Vivir no es simple y llanamente otra cosa que negar la física, y recobrar entonces la alegría de la vida. Verdad puede ser comprendida como esa fuerza que nos permite recobrar la alegría – la impronta más fuerte y segura de una vida buena, de una vida que sabe vivir (bien).

Pensándolo bien, hay hechos terribles, pero no hay verdades terribles. Estrictamente, toda verdad es liberadora.

Es difícil no claudicar ante los hechos, y en muchas ocasiones el pesimismo inunda el mundo, las calles o los dispositivos móviles. No se trata de un pesimismo militante, sino, peor aún, un pesimismo inercial, no ese que hace de sí mismo su objeto de reflexión, sino uno que se abandona al día a día, que hace las cosas porque hay que hacerlas, y cumple las normas y obedece a los poderes porque no hay otra cosa qué hacer.

Ese pesimismo es cómplice de los poderes de facto, de la inacción, y de una cierta psicología del miedo pasiva. En estas condiciones verdad no emerge, o parece quedarse a la espera del instante propicio.

VERDAD Y LENGUAJE

Verdad se dice y se expresa en cada lengua o idioma que existen. Pero verdad también se dijo y se expresó en los idiomas y las lenguas que han desaparecido y que ya no existen. Sólo que verdad no se dice en un solo lenguaje.

Verdad se dice en múltiples lenguajes, y no termina de decirse en uno sólo. En música verdad habla en la forma del ritmo, o bien de la melodía, o de la harmonía también. Habla a través de los vientos, los metales, las cuerdas o los instrumentos de percusión, por ejemplo. Verdad habla, asimismo, a través del lápiz, la crayola, el pastel, la tinta china, el óleo o en técnicas mixtas y cruzadas. Verdad es dicha igualmente a través del dibujo, el grabado, la pintura o la fotografía, en la escultura, independientemente de los miles de materiales que se pueden usar para las esculturas. Y verdad habla asimismo a través de las artes, cultas o populares, tanto como de las artesanías y sus cientos de expresiones, idiomas, y símbolos. Verdad es dicha propiamente a través del lenguaje proposicional al igual que a través de los dialectos y las jeringonzas, así como es dicha a través del cuerpo, en el sonido o en el ruido, en el silencio o en los implícitos que acompañan al habla de tantas formas. Verdad es dicha individualmente, o en parejas, o también a través de grupos y conjuntos. Verdad no termina de ser dicha de una única manera.

Verdad habla con signos y símbolos, pero también a través de las risas, en las proposiciones claras y evidentes, o en el humor y el sarcasmo, en las ambigüedades y las ambivalencias, en los supuestos, en las miradas, en los movimientos de la boca o de una parte del cuerpo – verdad habla muchos idiomas.

Contra los científicos y los racionalistas, verdad no habla única y principalmente a través de conceptos. Pero contra los artistas, los escritores y los poetas, verdad no habla simple y llanamente a través de tropos. Verdad sabe combinar, cuando es propiamente tal, conceptos, juicios, categorías, proposiciones, demostraciones, refutaciones, conjeturas, hipótesis y pruebas, pero verdad habla asimismo a través de símiles, metáforas, sinécdoques, metonimias, hipérboles, palimpsestos, y tantas formas ricas de la tropología.

Debemos aprender a escuchar a verdad, porque verdad no termina de expresarse de una forma preferencialmente más que de otra.

Pero lo cierto es que a través de la historia, los lenguajes de verdad han ido cambiando. En el paleolítico habló de ciertas formas, y de otras más en las cavernas, en el neolítico prefirió otras formas de expresión, y así sucesivamente. En ocasiones opta por hablar en forma eminentemente simbólica, y en otros momentos opta por caracteres más algebraicos, o bien en otros momentos, por criterios más bien geométricos y topológicos. Verdad habla a través de signos, tanto como, en otras ocasiones, habla por medio de mapas, grafos e hipergrafos.

Y sin embargo, es preciso advertir que un panorama semejante no significa, en manera alguna, que verdad sea un asunto relativo. Verdad puede parecer caprichosa, pues al fin y al cabo es como una mujer inteligente, que siempre es juguetona. Pero verdad no debe ser asumida, en absoluto, de manera voluntarista, o de formas eminentemente subjetivistas o culturalistas. Pues lo cierto es que verdad se expresa en una cultura tanto con en otra, en una geografía al igual que en otra, y para una civilización tanto como para otra distinta.

Verdad es polifónica, como se ha dicho tantas veces, tanto como que no se agota en una forma antes que en otras, y no se expresa de una manera antes que en múltiples otras. Verdad no puede ser reducida de ninguna manera, verdad es la antípoda de cualquier reduccionismo.

Como se aprecia, la sensibilidad y la exigencia de los seres humanos, por ejemplo, aquí, del filósofo, relativamente a verdad estriba en por lo menos tres cosas, así: de un lado, en aprender tantos idiomas y lenguajes como sea posible, pues bien pudiera suceder que alguien habla un solo idioma y en ese idioma no se expresa verdad, o lo hace intermitentemente. De otra parte, al mismo tiempo, cada quien debe estar abierto a las expresiones, los significados y los modos de existencia de verdad en un idioma o lenguaje, en un contexto tanto como en cualquier otro. El dogmatismo y las ideologías emergen cuando se cree que verdad se reduce a una forma específica de expresión y acción.

Sin embargo, al mismo tiempo, quienes busquen a verdad e intenten vivirla deben poder reconocer que en un tiempo dado verdad les habla de una forma y acaso súbitamente adopta otras expresiones, contenidos y otras formas. Así, aprendizaje, estar abiertos y crecimiento personal son tres condiciones del filósofo para acercarse a verdad, identificarla y vivenciarla auténticamente.

Porque es verdad: como sostenía a su manera Empédocles, verdad les habla a los perros en lenguaje pérrico, a las algas en lenguaje álguico, a las ballenas en lenguaje ballénico. Esta idea se deriva directamente de Empédocles: a los seres humanos verdad les habla, por ejemplo, en la forma de seres antropoides, pero verdad no está obligada a hablarles a los seres humanos en las formas de lenguajes humanos y de expresiones antropomórficas. Lo contrario sería matar a verdad y reducirla a una expresión unidimensional. Verdad les habla a los gatos en lenguaje gático, y a los helechos en lenguaje heléchico. Y así sucesivamente.

Nada obliga ni hace necesario que verdad deba adquirir única o principalmente caracteres antropocéntricos.

Verdad no habla un solo lenguaje, y no se reduce a una sola lengua o idioma. Verdad habla –incluso simultáneamente, diversos lenguajes-, y cada quien debe saber del instante en el que un lenguaje es necesario o propicio o suficiente para aprehender verdad.

EL LÍMITE DE LA FILOSOFÍA

El filósofo conduce a los seres humanos hasta el punto donde comienza la sabiduría. Allí, análogamente a *El Castillo* de Kafka, cada quien toca a la puerta de la sabiduría, a la espera de que se abra. Con todo y el reconocimiento de que bien puede suceder que la puerta no se abra, porque exactamente esa puerta no era la indicada para quien golpea, pues estaba destinada a alguien más. Hay que saber tocar a las puertas de la sabiduría, y hay que saber cuál puerta es la de cada quien. No hay nunca garantías ni seguridades últimas.

Cada quien es inteligente, y en el límite ocasionalmente sabio, no por lo que sabe, sino por lo que hace y por cómo vive con eso que sabe. En esto exactamente consiste la verdadera filosofía; no en ese trajín académico y academicista que identifica filosofía con la historia de la filosofía. El filósofo sabe vivir con lo que sabe, y de entrada, esencialmente, sabe vivir. Por eso ama el conocimiento ("amor a la sabiduría"), porque el conocimiento es quizás la mejor herramienta que tiene para poder vivir, para saber vivir. Con todo y el reconocimiento de que la vida no consiste simple y llanamente en conocer, sino en encarnar el conocimiento mismo: hacerlo piel, carne, mundo, vida. Lo demás es vanidad y futileza.

Con Platón, el conocimiento se eleva por encima de la sabiduría y nace la filosofía, y la ciencia. Y la historia de Occidente queda signada.

Sin embargo, lo cierto es que verdad no es un asunto de conocimiento, y manifiestamente no en el sentido que la tradición hereda de Platón. Verdad es un asunto de sabiduría. Se produce así una inflexión radical con respecto a la historia de los últimos 2500 años. Verdad no es un asunto de contemplación, sino una experiencia. Lo que está en juego es la existencia misma, y más amplia y fuertemente, la vida misma. La vida humana, pero también la vida en general tal y como la conocemos. Occidente jamás eliminó la apariencia, y al cabo del tiempo, ésta terminó por superponerse a verdad y a vida.

La misión del filósofo consiste en distanciarse de la historia misma de la filosofía, y con ella, de la tradición de la ciencia tal-y-como-ha-acontecido. La auténtica misión del filósofo es la búsqueda de la sabiduría, y en ella nos va la vida misma. Sólo los sabios viven verdaderamente. Los demás, en el mejor de los casos, son inteligentes, astutos, sagaces, y hasta eruditos. Pero nada de esto es suficiente, aun cuando pueda ser necesario.

La sabiduría no se publicita a sí misma, no se anuncia, y no hace de la plaza pública, en cualquiera de sus formas, una tribuna. La verdadera sabiduría se la vive, y se expresa en el ejemplo – algo que siempre ha sido reconocido y que, sin embargo, no ha sido un espacio común. Hombres y mujeres sabios ha habido muchos, pero la mayoría han vivido en el anonimato, y generalmente no han ocupado los titulares de la primera página de

los periódicos. La sabiduría no se pregona, pero tampoco se la enseña. Se la aprende en el convivio con mujeres y con hombres sabios.

Sólo que es tiempo que la sabiduría no solo transforme la vida, sino, que cambie también al mundo. Esta es la misión del filósofo. O bien, inversamente, quienes transforman el mundo como transformándose a sí mismo son filósofos: simple y llanamente, amantes de la sabiduría, esa que se decía *sophia* pero que admite muchos otros nombres.

Alcanzar la sabiduría es, con seguridad, el más alto ideal de la existencia, la forma sublime del vivir. Eso, sublime, que etimológicamente significa que supera los límites o no sabe de límites. Para el hombre o la mujer sabios los límites no existen, si no son los que la prudencia aconseja, o los que el tiempo mismo impone. El tiempo, esa ilusión fatua.

(Los filósofos académicos son, la mayoría, veleidosos).

VERDAD Y EL MITO DEL YO

Todos los idiomas indoeuropeos comienzan por, y se fundan en, el yo. Este rasgo lingüístico ha configurado toda una cosmovisión. Al cabo, hemos llegado a creer en el yo como el centro del mundo, en cada caso, como si el yo fuera real o necesario, y como si fuera, sin más, el punto cero en el eje de coordenadas.

La antropología, esa ciencia políticamente incorrecta, enseña que cada cultura se define a sí misma como el centro del universo. Y que por consiguiente no existe un centro único. Así las cosas, el mundo es relativista en el sentido de la teoría relatividad de Einstein. Lo cual no es poco, cuando se mira la historia de las hegemonías, imperios, guerras, y otras dinámicas en la historia, o en la sociedad, según la escala que se adopte.

Occidente inventó en tres momentos distintos un concepto, una realidad, que antes, entre tano y después no ha existido. Se trata del "yo" – mucho más radicalmente que el individuo o la individualidad y sus variantes. La primera vez fue en la Grecia antigua, particularmente en el período clásico. La segunda fue en el Renacimiento y en comienzo de la modernidad. Y el tercero fue alrededor de la revolución francesa y lo que ella significó. Distintos entre sí, se trata de tres momentos en los que se inventa o se descubre el yo. Justamente, como el fundamento de toda realidad.

(Digamos, entre paréntesis, que en francés existe la diferencia entre el "je" y el "moi", algo que no existe en muchas otras lenguas indoeuropeas, una distinción sobre la cual, a su manera, ya Sartre llamara la atención. De la misma manera, culturalmente hablando, es conocida, así sea a título jocoso, la alusión en inglés, al "I me, myself". Es cuando el lenguaje hace cosas, definitivamente).

Verdad se encarna., existe en el mundo corporal, materialmente, vemos atisbos de verdad a través de los otros, con los otros. Pero eso es cuando en el rostro del otro aparece verdad y no su propio yo.

Carlos Eduardo Maldonado:

Ph.D. en Filosofía por la KULeuven (Bélgica), Post-doctorado como *Visiting Scholar* en la Universidad de Pittsburgh (EE.UU); Postdoctorado como *Visiting Research Professor* en la Catholic University of America (Washington, D.C.), *Academic Visitor*, Facultad de Filosofía, Universidad de Cambridge (Inglaterra). Profesor Titular, Facultad de Medicina, Universidad El Bosque. Ha sido reconocido con la "Distinción al Mérito", por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú, por sus contribuciones a la filosofía y a la complejidad (2008). Premio Portafolio, Mención de Honor Categoría Mejor Docente (2008). "Profesor Distinguido", título conferido por la Universidad del Rosario (2009). Investigador Senior (Colciencias). Profesor Visitante Distinguido, título conferido por la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, 2017. "Visitante Distinguido", título conferido por la Alcaldía de Quetzaltenango (Guatemala), por solicitud de la Universidad de San Carlos (2018). Premio Latinoamericano de Prensaamérica "Zenobio Saldivia", categoría "Filosofía y Complejidad" (Guayaquil, 2018). "Reconocimiento internacional por excelsa trayectoria como investigador", otorgado por la UTPL (Ecuador, 2019). El CEDES de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM) en el marco del Doctorado en Sostenibilidad crea la Cátedra "Carlos Eduardo Maldonado" en Complejidad y Sostenibilidad (2019). Elegido "Investigador de Impacto" por Concytec (Perú), como "reconocimiento por la reconocida trayectoria de investigación a nivel internacional". La Comunidad de Pensamiento Complejo crea la "Bibioteca Carlos Maldonado" como "tributo al filósofo colombiano Carlos Eduardo Maldonado" (Buenos Aires, 2020). SENIOR MEMBER – IEEE. Doctor *Honoris causa*, Universidad de Timisoara (Rumania), 2015. Doctor *Honoris Causa*, Universidad UNA (Puno, Perú), 2019.

asociación
RUJOTAY
NA'OJ